

Jean Ray

El Crucero de las Sombras

EL CRUCERO DE LAS SOMBRAS

LA PRESENCIA HORRIPILANTE

OÍD detrás de la inocente barrera del cristal, negra como sangre cuajada, toda la apoteosis de los malignos ruidos de la tormenta.

Viene de muy lejos, del fondo de los mares odiosos.

Ha robado a las orillas malditas, donde se pudren las focas llenas de sarna, los relentes del mal negro y de la muerte.

Se ha apoderado de mil agonías para asediar nuestra pobre taberna, donde el whisky es agrio y el ron espeso.

Es un niño malvado que devasta un parque de rosas, para importunar a una cochinilla, y hela aquí flagelando nuestro tugurio con sus aletas de raya gigante.

—¿Por qué hay que poner, alrededor de cada historia terrible, una noche oscura y un tiempo espantoso? —inquire Holmer—. Es un artificio.

—No —responde Arne Beer—. Es una realidad, algo deseado por la naturaleza. Confunde usted «alrededor» y «en torno», como decía el profesor de francés de Oslo, aunque él no confundía nunca el whisky con su vaso, el muy cretino.

«Yo creo que la tormenta y las noches terribles son las que provocan a menudo los acontecimientos espantosos.»

Arne Beer es noruego, o lapón, no estoy seguro, pero es un sabio. Durante las largas noches de hierro de su pueblo boreal, lee o discute con el pastor-maestro, el cual recibe libros dedicados de Selma Lagerlof.

—Yo —dice Piffschnur—, yo digo...

Y Piffschnur no dice... nada más.

¡Dios mío! Rara vez he visto a un ser más imbécil que ese marinero del Elba, agobiado desde hace varios meses por el mareo del Báltico.

La tormenta lanza un grito de bestia destripada contra la puerta, y nosotros vaciamos y volvemos a llenar nuestros vasos del licor triunfante.

—Sí —continúa Arne Beer—, estas noches tormentosas crean una atmósfera favorable a los fantasmas, a las ideas criminales y a los entes de los mundos malditos.

«Diría incluso que forman un medio conductor para las fuerzas del mal, y sabe Dios si, en su infernal cocina de tumultos y de clamores, no las engendran ellas mismas.»

—Eso parece un sermón —gruñe Holmer—. No entiendo casi nada, y no quiero que me sermoneen.

—Desde luego que no —interviene el imbécil de Piffschnur, volublemente—. No se entiende nada, absolutamente nada.

La puerta restalla como un enorme bofetón, y el desconocido entra en medio de un remolino de viento y de lluvia.

—¡Ah! —exclama—. Hay gente... ¡Bendito sea Dios!

Recibe un vaso de ron, al cual no acerca los labios, ante nuestra indignación.

—No hace un tiempo como para andar por la calle —dice Holmer, con el aire del que anuncia una verdad eterna.

—Iba huyendo —dice el desconocido.

Echa su gorra empapada a un rincón, y su cabeza nos parece siniestra, calva como un guijarro de torrente; inmediatamente, la lámpara la llena de reflejos sonrosados.

—Iba huyendo.

Una de las características de los tabucos aislados del Norte es la discreción.

Hacemos un gesto de asentimiento y alzamos los vasos en un brindis silencioso. Demasiado a menudo en la vida, animales acosados como somos nosotros mismos, todo hombre que huye es un hermano.

—Huía de la tormenta —continúa el hombre calvo.

Un relámpago de jovial asombro ilumina la mirada de Arne Beer. Holmer gruñe, decepcionado, y Piffschnur parece más imbécil que nunca.

—Pero ella corría más aprisa que yo, y heme aquí en medio de ella. Tal vez la cosa no se atreva a echarme de aquí. Vuestra compañía me protege.

—¿La cosa? —inquire Piffschnür.

Arne Beer le impone silencio con un gesto de desagrado: no hay que interrogar a un hombre que huye.

—¡Ella! —exclama el hombre—. La cosa maligna que corre en medio de la tormenta, que llama a mi puerta, que me obliga a huir en el aullante terror de la noche.

Añade, un poco más tranquilo:

—No ha podido atraparme.

Arne Beer tiende un vaso de whisky.

—Beba esto —dice—. El ron le pringaría la boca.

El desconocido escucha unos instantes el tumulto exterior. Parece cada vez más tranquilo.

—Eso son los aletazos de las cosas que vuelan —dice—. Son malvadas, pero no se obstinan; no le buscan a uno; siempre que uno no se ponga en su camino, le desdeñan.

»Pero las cosas que andan sobre la tierra... ¡Oh! ¡Oh! No, no oigo ningún paso. Debe de haberse caído a un pantano. ¡Ah! ¡Ah! Quiero reír. ¡Ha caído a un pantano! Voy a beber ese whisky.

—Vivo cerca de la gran hornaguera del Oeste. ¿Es danesa? ¿Es alemana? Nadie va allí. La gente desdeña y teme aquellas millas cuadradas de terreno tembloroso como la gelatina podrida de una medusa muerta.

—La gran hornaguera —interviene Arne Beer—. ¿Y qué hace usted allí, por Dios?

El desconocido sonríe misteriosamente.

—Busco oro —dice.

—¡Jo! ¡Jo! —ríe Piffschnur—. ¡Qué risa! ¡Oro en una hornaguera!

Holmer le da un puñetazo en la cabeza y Piffschnur se convierte en una estatua, inmóvil y muda.

—En una hornaguera, desde luego —continúa el hombre—. Dios no ha confiado todos los tesoros de la tierra a las gangas duras. ¡Ni mucho menos! Ha puesto muchas de ellas en los fangos, en las podredumbres marinas, en los aluviones mortales. ¿No han visto nunca encenderse en reflejos amarillos los trozos de turba húmeda?

—Sí —dice Ame Beer, pensativamente—. En la marga azul de Kimberley duermen los diamantes. Y en el limo del Orinoco se encuentra a menudo plata virgen.

—El fango pútrido de la Guayana protege las pepitas y el polvillo de oro —se entusiasma el desconocido—, y el engrudo viviente de las ostras de Ceylán rodea celosamente la fina perla.

—Y, dígame, ¿rinde? —pregunta Holmer—: Me refiero al oro.

Toda discreción se ha evaporado ante la palabra mágica. Llega la fiebre. Pero el desconocido se encoge de hombros y no responde directamente.

—No volveré allí, porque ella ha venido.

—¿Ella? —preguntamos, todos a la vez.

En aquel momento, alrededor de la cabaña-taberna la calma era casi completa. Sólo unas lágrimas de lluvia contaban los segundos.

El desconocido escucha. Sus oídos sondan el silencio.

—Junto a la hornaguera —dice—, construí mi cabaña con gruesas piedras, sólida y resistente como un pequeño fortín. Temía a los hombres.

»¡Qué tontería! ¿Quién, aparte de mí mismo, sospechaba la existencia de los tesoros del fango? ¿Quién podía ser lo bastante loco como para arriesgarse a través de los pantanos y de las tierras movedizas para asediar mi miserable choza?

»Sin embargo, una noche, cuando la oscuridad acababa de descender sobre la tierra, oí unos pasos.

»Los pasos sobre la tierra, allí, se oyen muy bien. Son como chasquidos que quiebran el silencio.

»Para que un hombre llegue hasta mí, en el centro de la inmensa llanura, tiene que recortarse por espacio de horas enteras en el horizonte.

»Yo no había visto nada, y el ruido sonaba muy próximo.

»¡No es posible! —me dije—. Esos pasos no existen más que en mi cerebro...

»Los pasos cesaron, y la noche fue tranquila.

»Por la mañana, no encontré ninguna huella en la tierra blanda y me reí de mí mismo.

»Unos días después volvieron a resonar, más próximos.

»¡Sois una alucinación! —exclamé—. ¡Es inútil que insistáis! ¡Sé que sois una alucinación!

»Pero, por la noche, dejé mi linterna encendida, y las sombras sostuvieron un maligno conciliábulo en los rincones de mi cabaña.

»Al día siguiente, los pasos se detuvieron delante de mi puerta.

»Una noche, me dije, la cosa que anda por ahí fuera llamará a la puerta, y a la noche siguiente, entrará, Dios me asista...

»Y así fue. Una noche, la cosa llamó. Uno, dos, cinco golpecitos tímidos y secos; y yo pensé que era una mano, cada uno de cuyos dedos llamaba a su vez.

»¡Una mano detrás de la puerta! Una mano que volvió cada noche a llamar con más fuerza; ya que los golpes se hacían más terribles a cada visita, y el aire de mi cabaña conservaba los ecos de los golpes hasta el amanecer.

»Luego, ayer...

El desconocido oprime el brazo de Arne Beer; sobre el marfil de su cráneo se ven palpar las venas.

—Ayer, cuando resonaron los chico golpes, mi cabaña pareció sobresaltarse cinco veces como un animal apaleado, mi cabaña construida con grandes piedras y con recios troncos hundidos profundamente en el suelo.

»Miré la puerta..., la puerta que un proyectil no atravesaría. Pues bien, amigos míos, hermanos, protectores míos, aquella cosa inerte que es una puerta de roble tenía como un rostro. Aquella cosa muerta, sin vida, que es la madera, que no responde nunca con la sombra de un estremecimiento a la mordedura de la sierra, ni a la brutalidad del hacha o del martillo, estaba sufriendo.

»¡Oh! Me resultaría imposible describir la visión infernal de las cosas inertes que expresan dolor. Imaginen el despertar espantoso de un cadáver en medio de unos suplicios desconocidos...

»¿Qué garra venía a atormentar, desde los abismos del infierno, el alma misteriosa de los objetos que suponemos sin vida?

»Y he aquí que en la puerta, fruncida como un rostro, se dibujaron cinco agujeros de los cuales manó un abundante líquido negro. ¡Cinco heridas sangrantes!

»A mi alrededor, todos los objetos parecían sobrecogidos de terror. ¿Creen ustedes que lo oímos todo? ¿Que nuestro oído percibe todas las ondas sonoras que nacen a su alcance?

—Hay quien afirma que no —dice Arne Beer, satisfecho al poder hablar en medio del creciente terror—. Las señales misteriosas de los sinsontes, por ejemplo...

—No —continúa el desconocido, que no ha oído la tranquila explicación—. No, ya que todas las cosas a mi alrededor aullaban su abominable miedo y mi cerebro las oía como un gigantesco tumulto preñado de horror.

Un sorbo de alcohol devuelve un poco de calma al narrador.

—Beber es bueno —murmura—. El whisky es un amigo inapreciable. Esta noche —continúa—, cuando he oído a lo lejos el sordo martilleo de la tormenta nórdica, he comprendido que la cosa, mil veces más poderosa a causa de los entes aliados de la tormenta, no se detendría delante de la puerta. Entraría... ella..., la cosa de la noche.

—¡Vaya una historia! —gruñe Piffschnur, descontento—. ¿No sabe usted algo más divertido?

El desconocido no contesta; sus ideas vagan muy lejos.

—Pues bien, yo sé una historia más alegre — continúa Piffschnur—. Frau Holz, la patrona de la posada Zum lustigen Hollander, de Aliona, tenía un loro blanco que no hablaba.

»Entonces, dos marineros del Rheiland y yo dijimos que había que teñir al loro de verde para que hablara, porque todos los loros blancos eran mudos de nacimiento, y Frau Holz nos regaló una botella de schnaps a cambio de aquella receta. ¡Ja! ¡Ja!

—¿No opinan ustedes que la tormenta ya ha pasado? —pregunta el desconocido.

—Supongo que sí —dice Holmer.

—¿De veras?

Lanza un profundo suspiro y su semblante contraído se distiende.

—¡Ojalá sea verdad! Esto va mejor.

—Un poco más de whisky...

—Gracias. Sí, parece que me estoy reponiendo. Este tiempo infernal me convierte en un desgraciado acosado por los demonios.

Ahora sonrío, tranquilizado, y parece disculparse por su miedo.

—La cosa... —murmura—. ¿Qué es? ¿Acaso existe? Yo creo que sí, aunque me pregunto qué puede ser... La locura, sin duda, el pavor de la gran soledad...

—Eso es casi un símbolo, o un poema —dice Arne Beer, sonriendo.

—La buena mujer metió al animal en una olla de tinte verde —continúa su historietta Piffschnur—, y lo bueno del caso es que al salir de aquel baño el pajarraco empezó a vociferar las peores palabrotas: Ach, du Schwein, hollisches Weib. Al día siguiente estiró la pata, envenenado por el color verde, que era de mala calidad; pero Frau Holz declaró que prefería aquello a tener un loro desvergonzado.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —jadea súbitamente el hombre calvo, irguiéndose en un impulso de pavor.

Desde muy lejos, se acerca a nosotros un ulular henchido de rabia y de amenaza.

—La tormenta ha dado un pequeño rodeo y vuelve hacia aquí —dice Piffschnur, plácido, satisfecho por haber podido contar su estúpida historietta.

—¡Vuelve! —aulla el desconocido—. ¡La desgracia me persigue!

El techo gime lúgubrementemente bajo una ráfaga de viento.

—¡Oh! Escuchen esos pasos —gime el desdichado.

—Sí, los oigo —murmura Holmer, en voz muy baja.

Pero, súbitamente, nuestros nervios se tensan de un modo atroz.

Resuenan uno, dos, cinco golpes secos.

¿Cinco golpes implacablemente propinados cerca de nosotros, sobre la puerta?

No...

Cinco golpes más resuenan cerca de nosotros, en medio de nosotros. ¿Hemos aullado nuestro horror? ¿Nos dejará el cielo el consuelo infinito de poder creer más tarde en un error de nuestros sentidos? Los cinco golpes resonaban... sobre el cráneo

del hombre. Y luego, ante nuestras miradas despavoridas, cinco llagas, cinco agujeros se abrieron en la cabeza calva, y manó la sangre, negra bajo la lámpara.

—Estamos malditos —gime Holmer.

El desconocido emite un ronco estertor.

—Vamos, vamos —murmura Arne Beer, apretándose las sienes entre los puños—. No hay que tomárselo así. Creo que la cosa tiene explicación. No se ría, Piffschnur... Le juro que puede ser un hecho natural..., los visionarios..., la aparición de llagas en sus cuerpos..., y otras cosas más... ¡Qué sé yo!

Pero Piffschnur aulla a más y mejor; sus ojos desorbitados se alucinan con las peores visiones.

Resonaron uno, dos, cinco golpes, y vimos abrirse las horribles llagas en la cabeza de nuestro compañero.

Entonces, como animales, huimos a través de las tinieblas azotadas por las ráfagas de viento y por la lluvia, escapando de la cosa que quería cogernos, también a nosotros, y golpear en nuestras cabezas ardientes de fiebre y de pesadillas.

MONDSCHHEIN-DAMPFER

Esto os hará saltar, y diréis que insulto a París, a Viena, e incluso a Londres: me gusta Berlín.

Cuando, tras haberme transportado, durante media jornada, de cuartel-estación en estación-cuartel, el tren me desembarca en la Anhalter-Bahnhof, me siento con el corazón alegre, en los antípodas del alma de aquella ciudad furiosa.

Ya que la alegría de Berlín es un gran ruido, que agita el aire detrás de una trinchera, chocando de frente con las nubes. Podéis oír el tumulto discordante y abigarrado, pero no veis la causa.

A mí me tiene sin cuidado: ¿acaso no puedo gozar de la llama, sin ver el lecho ardiente de los carbones?

Y la ruidosa llama de Berlín, danzando sobre su hoguera invisible, le sienta bien a mi corazón.

Y además... allí está Hellen Kranert.

iHellen Kranert!

Se parece a mademoiselle Spinelly, o, mejor dicho, es su hermana gemela: un espejo estallaría de furor al no poder imitarlas mejor.

Tiene sus gestos de vértigo: humanizad, idealizad una rusta, una liana de los bosques... y la imagen que evocará vuestra mente será la de Spinelly.

Pero ésta es una artista que se impone imperiosamente a vuestro recuerdo y os hace olvidar toda aparición en las tablas vista antes que ella; y Hellen Kranert, que se llama también Frau Bohre, cuida lindamente de los asuntos domésticos de mi camarada Heinrich Bohre, y me alquila una habitación de su bonito apartamento de la Mendelsohnstrasse.

Yo sé que mi amigo Heinrich prefiere a Frau Obersleutnant Franzen y a Frau Justizrat Wilz, las cuales son unas garridas maritornes.

Una mañana, cuando Hellen entró en mi habitación el extravagante Frühstück, adornado con Sismarck-Herringe y rábanos salados, la retuve por los bajos de su combinación con bordados búlgaros. Al hundir su adorable cabeza en la blanda almohada, tenía el aire de decirse a sí misma: «Sí... ¿Por qué no, después de todo?»

A partir de entonces, mi despertar pone un glorioso repique de campanas en todo mi cuerpo; y soy feliz, mientras un rayo de sol asa los Bismarck-Herringe desdeñados.

Sin que mi orgullo piense en la triunfante sosias parisiense... Todo esto, por otra parte, no es más que un paréntesis en la desagradable historia que os voy a contar, un modo como otro de pedir os perdón.

El que empieza afirmando que le gusta Berlín, ¿no debe acaso una disculpa, sobre todo tejida de humana debilidad, a la gente?

Lo confieso, con un poco de vergüenza: Hellen se ha convertido en la razón de mi vida.

¿Cómo ha podido adivinar, en mi pensamiento, esa imagen-hermana que me ha empujado hacia ella?

Porque la ha adivinado...

—¿Es a mí a quien amas? ¿Amas a Berlín? No, tú amas a París.

No, la amo a ella. Los detalles han hablado. Sobre su tocador, hay un frasco alargado con cuello de cisne: Frühlingsduft: su perfume.

Cuando una transeúnte, o la puerta abierta de una perfumería me lanza una vaharada de él al rostro, me dirijo precipitadamente a la Mendelsohnstrasse para respirarlo sobre la ropa y sobre la carne de la amada.

Cuando las alemanas se ponen a ser guapas, superan a todas las mujeres de la tierra; cuando uno se pone a amarlas, es tan terrible como amar a una mujer fea: vuestro amor tiende a lo incomprensible, amáis unas cosas detrás del velo del absoluto, la locura mariposea brillantemente alrededor vuestro.

Una mujer hermosa es una preciosa flor nacida al azar en un jardín de la vida, pero una alemana hermosa me parece siempre surgida furtivamente de un invernadero sabio y cruel, en el cual acecha la mandragora...

No, me gusta Berlín porque Hellen respira en él; quiero a Alemania por ella y para ella; y amaría al diablo y al dragón Fafner si Hellen fuera hija suya.

En el fondo, no soy más que un pobre diablo al cual una coqueta ablanda la piel y el corazón.

Un atardecer, desde un jardín invisible, ascendía el perfume de las madre selvas y de las lilas tardías.

Vacilaba en expulsar, con una vuelta del interruptor, las sombras que invadían mi cuarto, cuando un toc-toc afelpado se insinuó en el aire, como una mano de niño en un cuello.

Hellen entró; su corto vestido de satén color champaña palpitaba de claridades de alba.

—Querido mío —dijo—, mi amigo querido...

Su perfume de Frühlingsduft, ámbar, rosas tempranas y hierbas silvestres, la envolvían en una atmósfera embriagadora.

—Puedo dedicarte toda la noche... Heinz ha salido de viaje, y vas a llevarme...

—¿Adonde, Hellen mía?

—Esta noche, en el Mügelsee, hay un Mondschein-Dampfer.

Yo conocía aquellas extravagantes medianoches náuticas en las cuales se complace el alma alemana.

Un vapor, con todas las luces apagadas, se desliza sobre el oscuro lago; sus trescientos o cuatrocientos pasajeros contemplan la luna que asciende por detrás de los olmos de la orilla.

El buque aminora la marcha, y sus máquinas dejan oír un zumbido apenas audible.

A veces, un banjo desgrana unas melancólicas notas hawaianas en el silencio, como cristales vibrantes sobre un aparador, o una barcarola italiana muy antigua nace en la noche verde; pero, en general, el silencio, los suspiros, la pálida flor de la Sehnsucht y la pesca de los nenúfares a la deriva son la norma.

Sólo al llegar a Mùgelwerder, pequeña isla dormida sobre el agua, las luces de los narcisos de porcelana y de los farolillos chinos hacen estallar el ruido como una piel de tambor. Todas las canciones americanas de las cavas-dancings, todas las Mundharmonicas insultan entonces, a la vez, a la noche lunar.

—Esta noche, los dos, sobre el lago, bajo la luna —murmura Hellen.

Me sacrifico con una sonrisa cobarde al dios melancólico de los germanos.

Alrededor de medianoche, un taxi nos lleva al muelle donde humea el vapor, a la claridad sonrosada de un proyector de teatro.

Una campana deja oír su metálico retintín; el vapor empieza a alejarse de la orilla.

El proyector piruetea, amarillo, verde, malva, rojo sangre, y se apaga. Unas nubes se levantan detrás de los olmos: no hay luna.

Un camarero silencioso, con una linterna eléctrica pegada a su chaleco, ofrece unas tazas de grog caliente. En la sala de máquinas, un mecánico silba unos compases de una java pasiense; el timonel ladra unos insultos: el mecánico se calla.

Unos vecinos manosean papeles grasientos; reina un olor a charcutería; unas bocas mastican en la sombra. No hay luna...

En la Mùgelwerder, otro Mondschein-Dampfer humeaba ya; una loca algarabía llegaba hasta nosotros, y sus ecos vibraban entre los pasajeros.

Por encima del agua inmóvil, las canciones volaban unas hacia otras. Una batahola invisible agitó las lamparillas rosas y verdes, varios cohetes estallaron sordamente en el aire brumoso.

—Willommen! Willkommen! —gritaban desde la isla iluminada violentamente.

Entonces vimos que los que nos gritaban la bienvenida formaban un numeroso grupo de personas disfrazadas, y todos, olvidando la hora poética, aullaron con una alegría de fieras liberadas.

Una pandilla de pierrots y de mandarines nos arrastró hacia la isla, donde un champaña demasiado rosado y demasiado espumoso hervía como lejía en las copas.

Un cow-boy se apoderó de la cintura de Hellen y la arrastró hacia una pista de madera martilleada por innumerables pies. Un personaje disfrazado de Mefistófeles de opereta hizo chocar su copa contra la mía.

—Prosit!

Tengo que hacer un gran esfuerzo mental para recordar la rigurosa sucesión de las horas de aquella noche.

Al principio, Hellen venía de cuando en cuando a beber un sorbo de champaña y a tenderme sus dedos para que los besara, y luego volvía a bailar.

Después del cow-boy, un Highlander, un bandido corso y un buda tripudo la devolvieron sucesivamente a mi mesa y volvieron a llevársela.

¿Os he dicho que no bailo? Recuerdo de una bala. A continuación, los giros se hicieron muy descabellados, para convertirse finalmente en un torbellino de colores.

—Aceleremos el movimiento —rió un estudiante a mi espalda—, y tendremos el blanco, como en un disco de Newton.

Luego vino la obstinación de Mefistófeles en hacerme beber y en obligarme a brindis silenciosos. De cuando en cuando, detenía a un cazador para pedirle un cigarrillo.

Hellen no volvía.

Tuve la impresión de que era muy tarde.

De repente, vi que el baile había terminado, que todo el mundo se había instalado alrededor de las mesas, con unos rostros fatigados y pálidos.

Uno de los vapores cloqueó.

Hellen no había vuelto.

La multitud se deslizaba hacia las puertas abiertas de par en par; unas lámparas de acetileno iluminaban las pasarelas.

Creo haber llamado a Hellen y entrevistado a unas personas que se reían.

Mi vecino me dirigió la palabra.

—Ella no vendrá.

Le miré con aire aturdido.

Medio centenar de bebedores se arrastraban aún alrededor de las mesas y pedían más champaña, gritando que les sobraba tiempo.

Hellen no se encontraba entre ellos.

La inquietud ponía una bola de fieltro en mi garganta. De repente, vi un reloj y la hora matinal me llenó de estupor.

—Ella no vendrá —repitió mi compañero, el del disfraz.

—¿Qué sabe usted de ella —repliqué—, y por qué se mezcla en mis asuntos?

Creo haber dicho y oído algunas palabras más, pero al final me encontré escuchando, con el aire más serio del mundo, al fugado del Blockberg que me proponía volverla a encontrar gracias a la «Magia innata de su persona».

Un resto de lucidez me hizo decir:

—Está usted completamente verrückt.

Entonces se puso insoportable, y empezó a llamar a grandes gritos a las personas que se encontraban alrededor de las mesas.

—¡Vengan a ver al caballero que ha perdido a su mujer! ¡Vengan! ¡El espectáculo no les costará un céntimo! «Voy a golpearle», me dije, pero no hice nada.

Varios bebedores se acercaron, ansiosos por saborear la última gota de placer de la noche.

—Y, como yo soy el diablo, se la devolveré a cambio de su alma.

—Una mujer por un alma es un poco caro —dijo alguien.

—¿Quieres la mía a cambio de una Küpperbusch de fuego continuo? —hipó un joven borracho.

—Eso está muy visto —bostezó un hombre que se cubría con un manto púrpura—. Me voy.

El joven borracho ofreció su alma a cambio de una estilográfica o de un reloj de galalit.

Mefistófeles ni siquiera le miró; blandía un pergamino clásico.

—Firme —aulló, con todos los síntomas de una borrachera estúpida—. Firme, y se la devuelvo.

—Firme usted, si eso le da gusto —dijo una mujer—. No hay que llevarle la contraria.

La gente se apretujaba a nuestro alrededor.

—Se atreverá... No se atreverá... Se atreverá...

Fingí tomarlo a broma, aunque en mi fuero íntimo estaba horrorizado.

—Bueno —dije—, vamos a verlo.

El borracho me tendió una pequeña estilográfica de mujer con tal brusquedad, que arañó mi mano.

Mi firma quedó manchada de rojo.

—Trato hecho —aulló el borracho.

En aquel mismo instante un cortinaje del fondo de la sala se apartó; por la abertura surgió una silueta de guerrero romano seguida de Hellen, cuyo arrugado vestido resultaba muy revelador acerca de su ausencia.

Todo el mundo empezó a marcharse, ahogando sus risas; el joven aulló en voz alta su escandalosa alegría.

—El jefe de estación es... un cornudo —cantó en francés.

Los dos vapores lanzaron a la vez su última llamada; unos camareros medio dormidos apagaron las girándulas.

Echamos a andar hacia el barco, Hellen y yo, sin cogernos del brazo.

Al volverme por última vez hacia el pabellón apenas iluminado de la isla, tuve la espantosa visión de Mefistófeles reventando los ojos del joven a golpes de estilográfica.

—Déjame en paz —dijo Hellen—. Estás borracho.

Una bruma espesa se deslizaba sobre el lago; durante unos minutos navegamos en medio de una atmósfera de ceniza.

Los pasajeros bajaron a los salones del entrepuente donde eran servidas bebidas calientes; en los peldaños de la escalera, unos durmientes roncaban.

Estábamos solos en la cubierta.

—¡Estás borracho! —repitió Hellen—. ¡Me das asco!

—Te he visto —balbucí, con el corazón desgarrado por los celos.

Hellen se enfureció; nunca hubiera creído que una boca tan maravillosa como la suya pudiera escupir unas palabras tan venenosas.

Sus dedos, de uñas centelleantes como diminutos puñales, se acercaron a mi rostro.

En aquel momento hice el gesto fatal.

Hellen retrocedió; sus grandes ojos se abrieron, infantiles, tan suaves en su terror; como en una súplica de perdón, uno de sus brazos se agitó en el vacío.

El agua negra la acogió sin un grito, sin un remolino, silenciosamente...

—¡Una mujer al agua! —aullé.

Maquinalmente, el timonel hizo girar el gobernalle y dejó caer la cabeza sobre una taza que estalló como una ampolla.

—¡Una mujer al agua! ¡Al agua!...

En el salón, todo el mundo roncaba, en unas posturas inmundas.

Dos mujeres estaban desnudas; un cigarrillo continuaba ardiendo en los cabellos de una de ellas, despidiendo un humo muy acre.

—¡Una mujer al agua! ¡Al agua!...

Un rostro de ojos ardientes me contempló unos instantes a través de una mirilla.

—...mir itn Aars —gruñó una voz—, bist besoffen!

Me precipité de nuevo hacia el salón.

—¡Socorro! ¡Una mujer!

Finalmente se acercó un camarero.

—No grite de ese modo, caballero. Aquí está su Sekt.

Vertió el horrible espumoso rosado.

—No, no grite. ¿No tiene confianza? ¡No puede usted perderla!

Vi delante de mí a Mefistófeles.

—No puede usted perderla —repitió—. ¡Está firmado!

Continuaba siendo la máscara de la Mùgelwerder, pero ahora convertida en espantosamente real.

De todo su ser emanaba una especie de horror.

Súbitamente, me pareció que el hombre era cada vez más feo, como si se despojara lentamente de un maquillaje que le favorecía.

Su mano me pareció realmente ganchuda, y no era ya una mueca lo que deformaba su rostro, sino unos estigmas sin nombre.

Levantó hacia mí unos ojos de azufre líquido, llenos de un furor sombrío, y luego, derribando su silla sobre un cuerpo dormido, echó a andar de espaldas hacia la escalera.

—Está firmado, tranquilícese.

Una mano deforme agitó un pergamino como un pañuelo de despedida.

El alba se deslizaba sobre el Mùgelsee.

Una lluvia pertinaz caía ahora.

Nos recibió un muelle viscoso. Una camarera embutida en un impermeable circulaba

entre nosotros con una bandeja de vasos de schnaps.

Un polígono lejano enviaba unas salvas sordas sobre el despertar de la ciudad.

No volví a la Mendelsohnstrasse. Vagabundeé.

Por tres veces fui a ver a los muertos que dormían detrás de los cristales del depósito de cadáveres.

Hellen no estaba allí; el Mügelsee no la había devuelto.

Por tres veces, también, me dirigí a la estación de Anhalt con la intención de marcharme, y cada vez, andando pesadamente, volví al centro de Berlín.

Descubrí unas calles extrañas, de altos edificios desnudos, donde innumerables cabezas pálidas tenían siempre el aire de acechar algo en la lejanía.

Otras, que se alineaban a lo largo de interminables Schüppes vacías, donde aquí y allá trabajaban unas sombras solitarias.

Una vez, en medio de aquellos inmensos hangares, que se curvaban a gran altura encima de una hectárea de embaldosado desnudo, llenos de crepúsculo, vi a un hombrecillo agachado sobre un único fardo. Me acerqué y comprobé que estaba muerto, ahogado por un puñado de estopa que salía a medias de su boca, dándole el aspecto de soplar una incesante humareda de ocre.

Aquel suicida, o aquel asesinado, centro de aquella soledad amurallada, le pareció a mi alma la quintaesencia de lo horrible, el aforismo de lo abyecto.

Lo formulé, estúpidamente; no tenía ningún sentido, lo mismo que mi vida:

«Berlín es la muerte.»

Aquellas palabras se instalaron en mi cerebro — «Berlín es la muerte»—, y faltó muy poco para que se las dijera a la camarera a la cual pedí, por la noche, la Kartoffelsalat y el Lebewurst.

Para comer, me refugié en unos Kneipes imposibles; los había al fondo de callejones sin salida que se abrían en los muros. He conocido algunos que olían al barniz caliente de las alfarerías próximas, a la sangre de los pequeños mataderos clandestinos, donde se fabricaban unas delikatessen demasiado rojas, y al alquitrán de las ciudades.

¡Ah! He comido más de un gulasch de Berlín que olía al gasómetro vecino...

El olor del alquitrán que, aliado a la brisa marina, se bebe grandes sorbos como un licor refrescado con nieve, resulta infame en el recinto cerrado de las ciudades. Ennegrece la atmósfera, y es espeso como la sangre de los muertos. Sin embargo, fue la savia recia y fresca de los árboles fallecidos hace miles de milenios...

Pero sólo encaja en los lugares marinos, donde especia el aire; una pulgarada de sal en una salsa le da su punto: puesta sobre la lengua, en cambio, nos hace vomitar. Del mismo modo, en las ciudades situadas tierra adentro el olor a alquitrán me descompone el cuerpo.

Una ráfaga de viento glacial llegó del Báltico. ¿Conocéis los bruscos fríos de Berlín, que azotan a la ciudad gigante en medio de los rayos de sol?

La cosa dura una hora, a veces dos o tres, raramente un día entero; resumiendo, el tiempo necesario para llenar tres hospitales de casos de tisis galopante. Resulta curioso pensar que unos bloques de hielo salidos a la deriva del golfo de Botnia, tras

haber hundido un par de barcos en las Aland, se permiten la fantasía de hacer toser mortalmente a los navegantes del Mùgelsee y de transformar a aquellos guapos jóvenes en doloridos espectros que escupen sus pulmones.

En un parque polvoriento, donde caía una fina lluvia de hollín desde lo alto de las chimeneas de las fábricas, ocupábamos un banco, ella, la estudiante polaca, y yo.

Ella hojeaba un cuaderno de apuntes.

El frío fue tan feroz, que ella se enroscó bajo su havelock como un animal apaleado. Detrás de los arbustos, se encendieron las luces crudas de un Ziüerthal; parpadeaban como las luces de un puerto.

—Venga a beber un poco de café caliente —dije.

Y ella me siguió con una mirada de perro agradecido.

En el establecimiento atiborraban a toda prisa dos enormes estufas con trozos de mica, tarugos secos y carbón de piedra; unas llamas color violeta prendían ya, alimentadas con petróleo.

Entraban otros clientes, perseguidos por el hálito polar; se instalaban ruidosamente en las mesas más próximas a las fuentes de calor.

Un piano desgranó unos arpegios, gimieron unas cuerdas y se levantó el telón de un minúsculo escenario.

Café ardiente, ponche de fuego, Schnittchen oleosos, amarillos y rojos, cubrieron las mesas con dameros de cerámica.

Mi compañera vació la taza humeante, se tragó unas lonjas de salmón escarlata... y luego abrió su cuaderno de apuntes y trazó unos signos algebraicos.

En el escenario, alguien cantaba; entre los sollozos de los violines, capté unas palabras: «Mondschein... Stille See... Finsteren Wellen, Weiser Kahn», que martillearon implacablemente mi corazón.

La estudiante concentraba la fuerza luminosa de su mirada pálida sobre un desarrollo de integrales; distraídamente, cogió un emparedado de huevo duro y se lo comió a grandes bocados, abstraída en sus cálculos.

«Mondschein... im kühlen Grab», lloró la cantante.

Unos recién llegados abrieron la puerta sobre un gran ruido de agua corriente.

El frío se resolvía en una intensa lluvia.

Tuve una visión de agua negra salpicada de débiles luminarias.

«Mondschein... Grab», repitió el estribillo en el escenario.

El humo y el vapor de agua surgidos de las ropas mojadas se estancaban a media altura en la sala, sobre un colchón de aire caliente. Empezaban a dibujarse unos rostros, unas cabezas de bruma que contemplaban fijamente la lejanía.

Las cabezas pálidas de la calle de altos edificios esperaban algo inverosímil; pero, en vez de mirar hacia un callejón sin salida, contemplaban un bauprés fantasma apuntado hacia lo desconocido.

Súbitamente, una pesada mano cayó sobre mi hombro.

La vi, cuidada, regordeta, adornada con un anillo ostentoso; mis ojos buscaron desesperadamente a mi compañera. Pero ella continuaba llenando de logaritmos las páginas de su cuaderno de apuntes.

La mano era la de Heinrich Bohre, el marido de Hellen.

—¡Ah! Ya sabía yo que había una mujer de por medio —dijo su voz—. Hace seis semanas que no se ha dejado ver en casa de sus amigos. ¡Seis semanas! Empezaba a creer en un accidente; pero Hellen me decía...

—¿Hellen? —grité.

—Sí, Hellen, mi esposa... No es tonta, aunque sea un poco reservada; ella me decía que en tu eclipse había seguramente una mujer, y que había motivo para preocuparse.

—¡Oh! —exclamé—. ¿De modo que Hellen...?

—Bueno, las mujeres tienen mejor olfato para esas cosas. De manera...

Se había sentado a mi lado, riendo, feliz, mirando con descarada curiosidad a la polaca, la cual continuaba emborronando su cuaderno de apuntes con ejércitos de cifras. Y, al ver que su Kellnerin no llegaba con la rapidez deseada, Heinrich vació mi vaso.

Todo aquello me parecía una locura.

Heinrich quiso festejar el reencuentro del amigo y encargó unas salchichas ardientes y unos Spickgans.

Ante el especiado olor de las carnes, la estudiante olvidó por unos momentos su cuaderno.

Heinrich hizo algunas alusiones a nuestros amores, que la polaca aceptó con una mueca. Por mi parte, sólo pensaba en el hecho maravilloso de que Hellen estaba viva, había escapado de las negras aguas del Mùgelsee. Me esperaba. ¡Oh! Volvería a conocer el dorado despertar de la Mendelsohnstrasse, los apetitosos Frühstück y la flexibilidad vigorosa de los miembros de Hellen.

—Hasta pronto, ¿verdad? Advertiré a Hellen de tu regreso —dijo Heinrich, subrayando su despedida con unas vigorosas palmadas en mi hombro.

Ahora hacía calor, un calor espantoso. La ola de frío se había batido en retirada. La gente volvía a llenar las calles llenas de un crepúsculo ámbar.

—Señorita —le dije a la estudiante—, tiene usted muchas cosas que perdonarme... Soy un hombre feliz: tendrá que perdonarme incluso esto.

Le tendí un billete de Banco.

Su boca se crispó dolorosamente, pero sus ojos tenían una expresión dulce.

Metió el billete en su precioso cuaderno de apuntes y desapareció en el parque solitario, donde cada gota de lluvia encerraba un pequeño sol poniente y parecía una lágrima de algún Heller-Bier-Keller, gigantesco y deleitable.

No había oído el sonido de su voz, como dicen en las novelas antiguas.

Cuando Frida, la criada, me abrió la puerta del comedor, vi inmediatamente a Hellen que servía gravemente, con gestos de sacerdotisa, unos dorados macarrones al excelente Heinrich.

—¡Es él! ¡Es él! Das Gespenst! —gritó Heinrich.

Hellen me señaló un lugar a su lado y llenó mi plato de un líquido tan dorado como los macarrones.

Nada había cambiado.

No se habló de mujeres ni de fugas, sino de las acciones de la Luft Hansa y de un brillante negocio de lanas artificiales que financiaban los ingleses y en el cual Heinz tenía considerables intereses.

Una Rebhünerpaste muy cargada de paprika y numerosos vasos de Küpferberggold, champaña alemán muy bebible, me encendieron la sangre lo suficiente para hacerme desear una noche breve y un pronto despertar con unos Bismarck-Herringe plateados por el sol naciente, y la combinación con bordados búlgaros deslizándose por la puerta entreabierta.

Al despertarme en la oscuridad, aceché a mi alrededor el despertar de los demás.

Los globos eléctricos de la calle se habían apagado con las primeras claridades grisáceas del alba; Frida, bostezando ruidosamente, removía una copiosa vajilla; el amistoso olor del café ascendió desde la cocina en una oleada simpática. La mano de Heinrich resonó contra los desnudos brazos de la criada. Luego se produjo un extraño silencio, en el cual adiviné apresuradas caricias, y la cosa acabó con la salida alegre y satisfecha del hombre.

¡Hellen! Yo esperaba a Hellen...

Un lejano ruido de agua fresca chapoteante en una bañera y un indeciso perfume de Frühlingsduft me la anunciaron.

Una canción americana, con nostalgia de horizontes insaciables, fue tarareada.

¡Hellen! La puerta se abrió silenciosamente, una bandeja se posó sobre una mesita con un tintineo de porcelanas ligeras.

—¡Hellen! —murmuré—. Dime en seguida cómo es que te encuentras aquí... No vivía, ¿sabes? ¿Cómo has podido escapar de las aguas negras?

Ella miraba la ventana luminosa. Yo no veía más que su esbelta silueta, oscura contra la soleada pantalla.

—El cielo... —continué.

Sus hombros vibraron en una inmensa risa silenciosa.

—Te ríes —dije, enojado—, mientras yo iba muriendo un poco a cada hora que pasaba.

La risa se dejó oír, extraña. Un sufrimiento desconocido me oprimió el corazón.

—¡Hellen! —grité, furioso y preocupado al mismo tiempo.

Lentamente, su silueta se movió, como si debajo de ella acabara de ponerse en movimiento un platillo rodante. Tuve la rápida y abominable impresión de una catástrofe inminente: el deseo de huir y de saber a la vez que se experimenta ante una puerta que se abre sobre un misterio innoble.

La cosa ocurrió súbitamente.

Hellen me ofreció su rostro, los ojos cerrados sobre lo incomprendible, luego se

acercó, se inclinó sobre mí y los abrió.

¡Dios! ¡Señor del mundo de las cosas! ¿Dónde estaban los ojos grises de Hellen? Sus párpados permanecían abiertos sobre unas espantosas pupilas nocturnas, hendidas de fósforo.

Andando hacia atrás, llegó a la puerta —el andar del ser sin nombre en el salón del barco—, su mirada de condenada quemándome el rostro.

En la antecámara llena de penumbra, su silueta se transformó en una monstruosidad: la de la noche maldita.

«No puedes perderme. ¡Está firmado!»

Oí el ruido seco de un pergamino.

No me he marchado de Berlín.

Busco algo en él, oscuramente, sin saber qué. Varias veces he vuelto a la Mendelsohnstrasse, tratando de convencerme de que aquella hora matinal había pertenecido a los malos sueños de la noche.

Pero, cada vez, antes de abandonar la acera de enfrente, al levantar los ojos hacia la ventana del apartamento de Hellen, un visillo se aparta vivamente, y la doble luciérnaga de una espantosa mirada parpadea.

Una noche, en la Frobelsstrasse, calle de miseria entre todas las calles miserables del mundo, a lo largo de la lamentable hilera de los pobres que esperan el abrigo de una noche en el Städtischer Obdach, estallé en una súbita risotada.

—Entonces —dije en voz alta—, Heinrich Bohre se acuesta con el... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

¡Qué risa, Dios mío!

Aquellos seres que esperaban, como una noche de fiesta, las horas fétidas en la cloaca del Obdach; aquellos seres que habían oído el grito de todos los dolores, el estertor de las más feroces agonías, la risa de todas las demencias; todos aquellos seres volvieron hacia mí sus ojos asombrados, y mi risa debió de ser tan atroz que unas mujeres lanzaron unos gritos histéricos y un hombre, saltando fuera de la hilera, me golpeó violentamente en pleno rostro.

Busco.

He regresado a París.

Spinelly...

Hellen...

El alma ha roto el parecido.

Delante de Eldorado y del café Namur, un atasco de vehículos bloquea mi taxi, camino de la estación del Este.

Salto a la acera. Más allá de la barrera aullante, encuentro otro taxi.

Rápido Berlín-Varsovia...

—No ha reservado usted su plaza.

—Me quedaré en el pasillo o donde sea...

Siguen horas de hollín y de lluvia, horas sin vida.

Finalmente, oigo hablar en alemán...

Berlín.

¿Y ahora?

Busco, he dicho.

En la plaza desierta donde la ola de frío me sorprendió un día de felicidad insensata, contemplo las altas chimeneas preparando en el cielo edredones nocturnos, para unas voluptuosidades espectrales.

Marie Lavrenska, convertida en la compañera de mi vida al precio de una hora de calor, de hambre aplacada y de piedad fraterna, dime que esto es una pesadilla y demuéstrame, con tus libros, que sólo se trata de humaredas terribles, pero pasajeras.

Déjame buscar en tus ojos el reflejo de la sabiduría que han dejado en ellos las integrales y las ecuaciones gigantes; que tus veladas estudiosas se resuelvan para mí en una brisa fresca, que apacigüe las fiebres de mi alma corroída por el miedo.

Marie Lavrenska, ante tus cuadernos de apuntes, los fantasmas y los demonios huyen más aprisa que ante los exorcismos más furiosos de los monjes y de los santos de los conventos solitarios.

El espíritu de las tinieblas, dices tú...

¡Oh! Tu voz maravillosa que aquella noche helada no oí, pero que, desde entonces, resuena en mi vida como una música eterna.

—...El espíritu de las tinieblas y la leyenda de la condenación son puras supersticiones.

—Pero —digo—, yo vi sus ojos..., la mirada de la Noche del Más Allá.

—Tú has visto —contestas tú, Marie Lavrenska—, y las estrellas, esos mundos inauditos, se encuentran a millones de leguas de la órbita oscura donde crees verlas parpadear. Tú has visto... y basta una inteligencia humana y un tratado de matemáticas relativas para derribar la base de un saber adquirido por treinta siglos de empirismo, de descubrimientos y de experiencias; para cuartear el granito euclidiano.

Levanto los ojos hacia el cielo de tu mirada, el único cielo en el cual me está todavía permitido esperar, durante los años que me separan del abismo.

EL OTRO EXTREMO DE LA CALLE

Una noche —con el hechizo eléctrico de Manhattan en el horizonte— oí las palabras por primera vez.

—Y luego me quedarán Jarvis y el otro extremo de la calle.

—¡El otro extremo de la calle! —respondió una voz en un eco dolorido.

Eran dos desdichados que no desembarcaban.

Contemplaban la tierra de Canaán, prohibida a su última esperanza, con una tristeza infinita.

Poco después volví a oírlas; procedían de la grasienta oscuridad de un entrepuente.

—Jarvis... y el otro extremo de la calle... es necesario.

Nos alejábamos de uno de esos pequeños puertos del océano Indico, donde uno deja sus libras esterlinas en las tabernas y en los fumaderos.

En Marsella, en las callejas floridas con nombres de mujeres y de jardines, cuando las muchachas en combinación cogían nuestro último billete de Banco, surgieron de la noche en un leitmotiv de desconocida desesperación.

En cierta ocasión, formulé una pregunta a la cual sólo me respondió una mirada enloquecida... y no volveré a preguntar nada.

Aquellas palabras vuelan sobre el mar como aves fúnebres. Son de todos los puertos y de todos los bravucones. Deben de ser formidables, a juzgar por el temor con que se las susurra y por el enloquecimiento que provocan en las miradas.

Procedentes de Paramaribo, después de días y días de una navegación infame a lo largo de las costas ardientes, espantosas como carnes torturadas, cruzábamos el oleoso estuario de uno de esos ríos de Brasil que abren tales gargantas en la tierra que se diría que quieren tragarse el mar.

Esperábamos..., los ojos sobre el horizonte de la tierra, dibujado con negro de marfil sobre un cielo de falso ámbar.

Era a bordo del Endymion, ese cargo que desafía a toda imaginación marinera, medio velero, medio vapor, construido en alguna época de locura.

¿Os acordáis del Endymion? Permanecía ocho meses, diez, un año, oxidándose en una dársena holandesa, y luego partía, averiando alguna esclusa, y volvía a encontrarse en Surinam, enterrando a sus marineros muertos de fiebre o asesinados.

En la ruta de los veleros, los soberbios mercantes alemanes le adelantaban como si tal cosa; servía de diversión a los prismáticos de los grandes paquebotes. Pero a menudo, la cólera del Atlántico destrozaba como débiles ramitas los barcos de 40.000 toneladas, a menudo el Lloyd y Veritas pedían a la tierra entera noticias de los clippers de Hamburgo, y el Endymion, un buen día, amarraba de nuevo en algún extremo del muelle destartado de Holanda, y, con cierto respeto, le habían apodado «Siempre llega».

En aquella travesía, entre la tripulación, había tres evadidos de la Guayana francesa, podridos de paludismo y llevando con desconfianza un pesado cinturón con oro del Maroni; y en la sala de calderas dos hombres del bosque, dos boschjesmannen de ojos de esmalte, separaban el cardiff del inservible polvillo.

Holtema, el capitán, fumaba un excelente tabaco holandés en su pipa bávara, esmaltada de paisajes cerúleos.

Sobre el puente, contemplábamos los islotes de podredumbre que traía hasta nosotros aquel río de desgracia, y esperábamos lo que tenía que venir.

Luego, al cabo de unos días —¿cuántos? ¿Acaso se sabe en aquellos malditos desiertos de cobre líquido?—, una canoa a motor de gasolina surgió como un puntito en el horizonte y se acercó a nosotros.

A bordo de la embarcación sólo había dos sucios indios, los cuales nos obsequiaron con algunas guyabas y piñas húmedas. Nadie subió a bordo del Endymion, pero Holtema cerró con llave la única cabina de pasajeros, diciéndonos que no le gustaba hablar y que echaría a los curiosos al mar.

¿Curiosos? ¡De qué, santo cielo! ¿De un camarote vacío como mi bolsillo y maloliente como un nido de comadreas? Cuando se regresa de Surinam se es poco curioso; y no se es curioso en absoluto cuando se regresa a bordo del Endymion.

Los hombres del bosque continuaron separando el polvillo del carbón, los antiguos convictos desconfiando de los demás, los marineros ejecutando las maniobras estrictamente necesarias, con una desgana de moribundos, el capitán fumando su pipa; únicamente yo, marinero de fortuna, vagabundo entre los vagabundos, miraba con un poco de interés el camarote cerrado.

En los baldes, el agua estaba enturbiada por el plancton gris de los Sargazos; la eché al pasillo de tablas recocidas por el calor..., y la humedad se coló por debajo de la puerta del camarote. Me acerqué, dispuesto a secarla.

Holtema me miraba.

—¡Vayase! —me ordenó.

Le miré de soslayo.

—¿Qué daño puedo hacer aquí? —repliqué—. En ese agujero no hay nadie.

Un capitán francés me hubiera insultado; un capitán inglés me hubiera amoratado los ojos, lo cual es preferible a los insultos; un alemán me hubiera atado a la barra, lo cual, en el fondo, no deja de ser justo; Holtema sacó lentamente la pipa de entre sus dientes y aplicó la porcelana ardiente contra mi boca.

Aullé, con los labios despellejados.

—Así aprenderá a callarse —dijo Holtema, aspirando otra bocanada de humo.

Los forzados hablaban entre ellos, en voz muy baja, solapados y temibles. Los últimos Sargazos se alejaban bajo la luna como inciertas tierras de esmeraldas y de pieles de animales muertos.

Los marineros que se cuentan tenebrosos secretos hablan con la barbilla sobre el pecho, donde la lana de sus camisetas y el vello de su carne se comen las sílabas sonoras. Los forzados no eran marineros, y hablaban en voz baja; pero a lo largo de los imbornales, sus palabras se deslizaban hacia mí como culebras.

—No ha subido nadie a bordo —decían—. Los salvajes le entregaron oro y piedras preciosas..., que ha metido en el camarote.

—...El camarote está vacío...

Un estertor metálico surgió de las máquinas y un boschjesman empezó a cantar en tono doliente.

—Mañana por la noche —dijo la culebra—. Azores...

El día que me ofrezcáis un vaso del licor que me gusta, os contaré cómo estaba construido el Endymion, y tendréis risa para una hora, y muchas horas para hacer reír a los demás a la vez.

Gracias a lo estúpido de aquella construcción, que le hacía parecer más una vieja concha de casa judía que un barco que hace honor al mar, aquella noche pude pegar el ojo a la puerta del camarote, en medio de un claro de luna infernal.

Creo haber dicho en alguna parte que la luna, que en tierra nos hace soñar al lado de una muchacha rubia y murmurar versos a su oído, sobre el mar es la cosa más cruel que pueda surgir de una pesadilla.

Convierte la sombra de una manguera en un tronco gigantesco; instala mil fantasmas de ahogados sobre la hirsuta cresta de una ola; húmedos gusanos blancos trepan a lo largo de sus rayos.

En tierra, los espectros sólo gimen o gritan tonterías al viento de medianoche. Pero los del mar suben a bordo y, silenciosos, os estrangulan o extraen hasta el último átomo de cordura de vuestro cerebro.

¡Cuántas historias podría contaros a ese propósito! Aquella noche, ponía en el fondo del pasillo un tablero de acero azul, obsesionante como un ojo de pulpo. Yo estaba agazapado en una especie de agujero que me permitía ver todo lo que sucedía en el pasillo, y a continuación me dejaba deslizar, por una abertura en forma de túnel, hacia mi propio camastro, o hacia la cocina, para robar un poco de whisky.

Unos pies desnudos se deslizaron por la cubierta, y uno de los forzados apareció silueteado contra el tablero azul. Delante de la puerta del camarote, no vaciló. Sus dedos expertos hurgaron apenas la cerradura y la puerta se entreabrió.

El hombre respiró profundamente y entró en el camarote.

Transcurrieron unos segundos en silencio y luego el ladrón salió.

El claro de luna le golpeaba el rostro con un pincel de plata.

Nunca volveré a ver un rostro humano desencajado como aquél por el terror. Los ojos: dos huecos donde zozobraban unas pupilas perdidas; la boca: un agujero del cual surgía un estertor demencial.

Estaba a punto de alcanzar el puente cuando le vi desplomarse, hacer un ridículo movimiento de polichinela y quedarse quieto.

El único ruido que llegó hasta mí fue la lenta canción del oleaje, es decir, una especie de machaqueo grasiento, particularmente desagradable, como el de una boca mal educada que mastica un volátil tierno.

Algo aéreo, como la estela de una oriflama ondeante, cruzó el pasillo; luego, sin que pudiera ver a nadie, la puerta del camarote volvió a cerrarse.

«¿Por qué el forzado está tendido de un modo tan grotesco? —me dije—. Casi inspira risa.»

Y me acerqué silenciosamente.

Cosa rara: veía su espalda, sus talones desnudos y su rostro al mismo tiempo..., su rostro, mirando desesperadamente el cielo verde.

¡Ah! ¡Tenía el rostro retorcido en el cuello!

En mi recuerdo resonó el ruido desagradable y lo invadió como una cloaca de rumores, que provocaron en mí náuseas de repugnancia.

Pero tres sombras surgieron del puente: Holtema y los dos indígenas.

No parecieron sorprenderse lo más mínimo y arrojaron el cadáver al mar, como una paletada de troncos de col.

No volví a ver a los otros convictos, y nadie pareció preocuparse por su desaparición.

El camarote permaneció cerrado y el pasillo desierto. Desde el angosto túnel de la cocina, por donde me deslizaba por la noche, sólo espí a unas sombras.

Una mañana, acababa de ser relevado de mi guardia nocturna y empezaba a adormecerme entre mis mantas húmedas, cuando las poleas chirriaron y la canoa en descenso arañó el costado del barco.

Miré a través del ojo de buey.

En el horizonte, las Azores humeaban en medio de una niebla azulada y la canoa se alejaba hacia tierra, conduciendo a los dos forzados, dos rígidas estatuas esculpidas por las manos del infierno; y el viaje se hizo sin ellos. Un puerto de Holanda recibió al Endymion; siguió un inmenso canal periférico, luego una especie de fosa llena de vegetación que terminaba, en una laguna en la cual había un muelle flotante fuera de uso.

El «Siempre llega» ató sus amarras a un Duque de Alba lleno de musgo.

La Marmor Kirche de Copenhague es una catedral de fantasmas.

El viento del Sund cuenta en ella mil necedades en una hora, y las menores sombras tienen allí su malicia.

No hay una mirada que no encuentre otra mirada de fuego amarillo, bruscamente encendida en el seno de un montón de tinieblas.

En aquella iglesia se está siempre solo, y sin embargo parece superpoblada por un número incalculable de vidas sobrehumanas. Mirad las sillas bajas, luego apartad un momento los ojos; cuando volvéis a observarlas, no ocupan ya el mismo lugar. Juegan entre ellas una silenciosa partida al escondite, desfilando a lo largo de las sombras hacia el ábside sonoro. En aquel edificio sin Dios encontré a los dos forzados del Endymion.

—¡Hola, viejos camaradas! —les saludé en tono cordial.

Tenían unas cabezas como una concha, y unas sucias gargantas de yeso lavado, pero repetí:

—¡Viejos camaradas!

Me reconocieron, y no sé exactamente por qué creí leer en sus miradas una extraña interrogación.

—Voy a entrar ahí —dije—, es un lugar muy interesante. Venid conmigo.

—¡Oh! —exclamó uno de ellos—. Nosotros no...

Pero su compañero le golpeó la nuca y gritó:

—¡Nosotros... sí! Yo iré. ¿Quién va a impedírmelo? No será esa asquerosidad de...

Maldito viento del Sund... En aquel momento lanzó tal clamor, que el vocablo voló como una corneja asustada.

Y entramos.

Pero no dimos diez pasos. ¡Oh, no! Ni cinco, ni cuatro...

—Le estás viendo, le estás viendo —gimió el que vacilaba.

Profirieron un grito y retrocedieron precipitadamente. Yo también huí. No sabía exactamente por qué motivo, pero tenía la idea confusa de haber entrevisto algo maligno que avanzaba rápidamente hacia nosotros desde el fondo de la iglesia.

Galopé para darles alcance y preguntarles ansiosamente qué podía ser «aquello».

Alrededor de la Marmor Kirche hay unas callejas donde cada vidrio de botella arde como un faro verde, sobre el silencio imponente de fantásticas tabernas, sin canciones ni palabras.

No pude encontrar a los fugitivos, y sólo el viento del Sund se reía a mi espalda del modo más grosero.

En el pesado crepúsculo báltico, seguía a una sombra desolada.

Entre ella y yo, la lluvia nórdica humeaba.

La sombra me condujo desde una interminable hilera de hangares que hedían a rata, por unos callejones judíos, a las afueras de la ciudad.

De aquel ser, del cual sólo conocía la espalda abatida y el invisible fardo de la desgracia, yo decía:

«¡Dios mío, qué triste está! ¡Dios mío, qué triste está!»

Me conducía, como un niño arrastra a un ratón de trapo, de la punta de un hilo negro invisible.

Unos escombros jalonaban el camino: dos ruinas de casas incendiadas, unas chozas de cartón alquitranado que se deintegraban en el fango...

De repente, la sombra empujó una puerta..., una puerta en la cual figuraba un nombre.

¡Oh! ¡Oh! ¡Un nombre que desde hacía años llenaba mi alma de pánico!

Comprendí con terror que el ser que andaba delante de mí, bajo la lluvia, era el Destino.

Mi Destino de vagabundo, de mendigo, modelado en una silueta de miseria y de sufrimiento.

Mi Destino que se detenía delante de aquel nombre, como unas vidas desesperadas delante de un precipicio, una ventana de un piso alto o el parapeto de un río nocturno:

JARVIS

Y también yo empujé la puerta. Y ahora sé, o creo saber.

Cuando estamos cansados de ser vapuleados por los camareros a los cuales no pagamos, cuando la lluvia es demasiado fría o los asquerosos policías se interesan demasiado por los asilos nocturnos, Jarvis nos acoge.

Es una taberna sin nombre.

Hay que desconfiar de esos rincones; son espantosos, anónimos, rostros que albergan una nada donde se incuban todos los crímenes.

Hay allí un alto mostrador de madera negra, detrás del cual se oyen unos tumultos extraños, pero nadie sabe nunca a qué obedecen. De modo que, ¿por qué preocuparse? Una vez allí, nuestra propia desdicha parece tan grande, tan grande, que todo lo que se encuentra al margen de ella se encoge como una manzana vieja.

De cuando en cuando, los rostros de Jarvis o de Fu-Mang, el camarero chino, aparecen por encima del mostrador y nos miran, como dos cabezas de vagabundos asomando por el muro del jardín de un rentista.

—¿Los caballeros de la mar tomarán whisky, o unas bebidas muy bellas que llegan de lejos? —pregunta Jarvis.

He entrevisto vagamente un rostro gemelo al suyo y he captado el olor tibio de un excelente tabaco holandés. ¡Ah! ¡Holtema! ¿Y luego?

Bebemos enormemente. ¿Acaso nos piden dinero? ¡No!

¿Cómo pagaremos, pues? ¡Ah! ¡Ah! Quedaremos bien atrapados.

«No nos riamos, tal vez pagaremos un día... ¿Quién sabe?»

Así soliloquian unas ideas péfidas.

Se bebe, se bebe, y la embriaguez no llega nunca, a pesar de que el whisky de Jarvis tiene un intenso fuego.

La borrachera se queda en la puerta, en la acera, como una desdichada mujer que espera al padre de sus hijos, y llora sobre nosotros.

¡Las personas que beben en casa de Jarvis!

Las conozco, desde el marinero sin un céntimo, hasta el empleado del fletador, al cual el patrón no tardará en revisar las cuentas.

¡Beben! ¡Beben! Fu-Mang vuelve a llenar los vasos; unas pequeñas voces susurran detrás del mostrador.

Entran otros clientes, y uno es el espectáculo del otro. Cada uno piensa en la enorme desesperación que empuja al vecino, ya que cada uno ha seguido, bajo la lluvia, a aquella forma fantasmal encorvada y abatida que es su Destino.

Pero nadie dice nada; cuando se está en casa de Jarvis, sólo se conoce a Jarvis, a Fu-Mang, al whisky y a su propia miseria, os lo digo yo.

Así huían los días, las semanas, tal vez los meses, en una espera formidable.

¿Qué clase de espera? ¿Se sabe, acaso?

A veces, alguien se levanta: retiene todas las miradas, todos los corazones; tal vez unas manos quisieran sujetarle... Avanza hacia el mostrador, y Jarvis está ya allí. En aquel momento, tiene el aspecto suave y dichoso de un notario.

El hombre pronuncia algunas palabras.

Jarvis inclina afirmativamente la cabeza y señala una dirección, que es siempre la misma, un ángulo inmutable de su brazo muy robusto, saeta de una espantosa brújula, apuntada eternamente hacia un polo monstruoso.

El hombre vuelve a sentarse, muy pálido, y Fu-Mang le sirve bebida..., mucha bebida.

Entonces hay como un grito unánime de dolor y de sublevación entre todos los que se encuentran allí, unidos por su infortunio; pero el chino escancia el whisky, y todos piensan que les llegará la vez de ver el brazo de Jarvis alargarse hacia lo Desconocido.

Una noche, una sirena de navio aulló, muy próxima.

Un estertor angustiado se elevó, unos vasos se rompieron en unas manos retorcidas.

Pero Jarvis sacudió la cabeza, y todo el mundo respiró. El alcohol traía el olvido de las penas.

Aquella noche salimos en un grupo mudo; y todos nos pusimos a mirar ávidamente el extremo de la calle. No había allí más que un poco de luna sobre el agua, un paisaje sórdido que creí reconocer.

Los otros días, la espera es tan angustiosa que los huesos crujen sordamente como si alguien vertiera plomo en la atmósfera.

Luego, otra noche, Jarvis se irguió repentinamente entre los bebedores.

Fu-Mang desapareció..., nadie volvió a tocar los vasos.

Un ulular surgido de la noche, y todos abandonaron la taberna, las miradas tendidas en la dirección del brazo de Jarvis.

Al extremo de la calle de las ruinas, sobre el agua baja, brillaban las luces de un barco.

Rojo y verde en las amuras, amarillo en el palo mayor, como si aún estuviera navegando...

A mi alrededor, no había más que silencio entre unos hombres postrados y temblorosos, pero yo lancé una exclamación de horrorizada sorpresa.

Acababa de reconocer las chimeneas del Endymion.

Di media vuelta y huí, a pesar de una fuerza salvaje que se oponía a ello en el fondo de mi alma.

Pero oí los pasos de mis compañeros que se dirigían apresuradamente al extremo de la calle, y, súbitamente, se impuso a mis ojos el cuadro lastimoso del rebaño que patea ante las puertas finales del matadero.

«Sé», he dicho, y he añadido prudentemente: «O creo saber.» No sé nada.

Mi imaginación pesca unas formas en el abismo de la pesadilla.

Fauces, barrancos, vampiros inauditos, monstruos de misterio que podrían vivir en el bosque de la Guayana y en el Sertaó brasileño...

«¿Cuál es la cosa invisible que ocupa el camarote del Endymion?», pregunta mi

pobre razón, que agita sus alas de mariposa herida en la cárcel de mi cráneo, ya que presiente que el punto tangencial de Jarvis y de la fantástica verdad está allí.

No, no es lo que imagináis, pues del mismo modo que encontré a los dos evadidos franceses en Copenhague, encontraréis a los otros sombríos clientes de Jarvis en otros puertos.

Os bailarán unos charlestones sádicos en unas casas con nombres de flores de Marsella, o jugarán con vosotros una partida muy cara de póquer de dados en Barcelona, y algo inmenso y abyecto estará inscrito en sus rostros formidablemente pálidos.

¿Han olvidado que, a veces, contra los postigos cerrados de la maldita taberna, se estrellaba un tumulto doloroso procedente del exterior? Como unas enormes alas heridas que se agitaran, con una desesperación sobrenatural.

¿No les pareció ver, ciertas noches, arrodillados sobre el pavimento herboso, a unos seres de claro de luna que rogaban inmensamente a las estrellas?

Aquello no podía ser más que una niebla que se deslizaba a lo largo de la taberna de Jarvis, una niebla que, sin embargo, parecía estremecerse de tristezas sobrehumanas.

Pero yo lo recuerdo, y más que nunca, mi pobre razón formula su sempiterna y alucinante pregunta:

«¿Quién era el invisible pasajero del Endymion? Un espíritu no se apodera del barco como un revendedor judío... ¡Ah! ¡Ah! Recuerda los cuentos de la abuela que te mantenían desvelado por la noche...»

¿Quién retorció el rostro hacia la nuca de sus víctimas?

...La pesadilla, por un instante monstruo definido, vuelve a hacerse imprecisa; pero el pavor está en mí, y mi mente retiene la humeante imagen de niebla en plegaria, y aquella, fúnebre y horrible, de los animales conducidos a los hangares sangrientos.

Imagino que mis desdichados compañeros marcharon hacia un matadero mucho más abominable..., ¡hacia un matadero de almas!

Ya que he vuelto a verles...

Sí, he vuelto a veros, amigos de vagabundeo, hermanos míos del whisky, compañeros de cadena del mar, los que conocéis la calle sin esperanza.

En vuestros ojos he visto un mismo miedo: os habéis convertido en avaros de los años, de los días y de los segundos que huyen.

Porque, cuando llegue la Muerte, no embarcaréis como en un sueño tranquilo...

Para vosotros, detrás del Velo se extiende una ruta.

Porque vosotros fuisteis al otro extremo de la calle.

EL GRAN NOCTURNO

LOS SIETE CASTILLOS DEL REY DEL MAR

El pequeño bar holandés estaba lleno de ruido.

Dos clientes habituales, después de haber escuchado alternativamente las altas ráfagas que soplaban locamente en el exterior y la barabúnda estúpida de la taberna, habían guardado sus largas pipas y demostrado, con su salida silenciosa, que preferían las terribles tormentas del Norte a las necesidades de los hombres.

El grupo que rodeaba el mostrador se emborrachaba magníficamente a costa de un caballero que llevaba un traje de bedford claro.

—Así, ¿están ustedes completamente seguros de que con esto no hay que temerle al mareo?

Uno de los hombres, que parecía ser un jefe, se apoderó de la botella abigarrada que blandía el caballero.

—Mothersill Seasick —leyó—. ¡Hum! Es, en efecto, algo admirable.

—Y sobre todo eficaz —añadió un mecánico—, cuando se mezcla con whisky a razón de dos gotitas por litro. Tendremos que aprovisionarnos de Black & White, milord.

—¡No, de whisky irlandés! —gruñó otra voz—. Es mucho mejor. Pídale una caja a ese excelente tabernero llamado Wittebrood...

—Podríamos empezar por saborearlo —replicó el milord—. Señor Wittebrood, sirva whisky irlandés a todos los presentes.

—¡Sin exceptuar al merluzo del rincón!

El merluzo era un joven muy pálido que, en un ángulo de la sala medio-terrestre, medio-marina, luchaba contra una espantosa borrachera.

—¡Qué buena idea la suya, sir, de embarcar en un Castle-Liner! —dijo el mecánico—. Será un gran honor tener a un pasajero como usted a bordo de un mercante.

—¿De veras? —dijo el otro, encantado.

—Sí, será un gran honor y, además, muy divertido: le harán toda clase de perrerías... Oh, la la! ¡Perdón! ¡Empiezo a estar lleno de combustibles y digo unas tonterías...!

—Malone, voy a romperle algo —dijo el oficial—. El señor es un caballero y será respetado por todo el mundo.

—Y, además —opinó el hombre del traje claro—, a bordo de un mercante no se marea uno tanto, ¿verdad?

—¿Eh? Bueno, es posible...

—En un paquebote, se pone uno enfermo viendo mareados a los demás. Por espíritu de imitación...

—Mi maestro de escuela, que se llamaba Horneby, no se hubiese expresado mejor —se maravilló el mecánico—. ¡Enfermo por espíritu de imitación!

—¡Eso está bien dicho, diantre! Pero no olvide el whisky...

—¡Otra ronda, Wittebrood! —aulló una especie de guardia marina—. Y no olvide al

«hombre del rincón».

La dura mano del tabernero parecía manejar, encima del mostrador, un prisma mirífico del cual fluían los más deslumbrantes colores de los licores de Francia y de Holanda.

—Wynand-Fockink, Half and Half —deliró el guardia marina, Peach Brandy, Juffertjes in't Groen, Advokaat: mayonesa al alcohol. Auroras ebrias de rosas, de fuego y de crema fresca.

—¡Otra ronda! —repitió el caballero, cuya lengua se trababa ya bajo la invisible tormenta del whisky.

El guardia marina simpatizaba con «el hombre del rincón» y, mutuamente, se dedicaban unos ruidosos brindis.

—¿Quién es ese tipo? —gruñó el oficial.

El tabernero se encogió de hombros.

—Es la primera vez que le veo. Me cuesta muy caro de tinta y de papel, ya que no ha hecho más que escribir desde su llegada.

Se oyó un lejano aullido, semejante a la queja de un gran animal marino.

—¡El Greystoke nos llama! —gritó el oficial—. ¡Basta de jaleo!

—Un momento —imploró el guardia marina—. «El hombre del rincón» me está enseñando un truco sorprendente.

—Sí —dijo el joven—, pero hacen falta veintidós vasos para que entre en la jaula.

—Milord —dijo pomposamente el mecánico—, la Castle-Line significa la línea de los Castillos. ¿Comprende? ¡Estará usted en un castillo, un verdadero castillo del mar!

De repente, «el hombre del rincón» levantó sus ojos hacia él y dijo fríamente:

—¡Hay siete!

—¿Qué es lo que dice el merluzo? —aulló el mecánico—. ¿Siete? ¡Ah, miseria divina, hay dieciséis, y hay diecisiete!

—Siete —repitió el joven con una extraña firmeza.

El mecánico palideció.

—Y me lo dice a mí, ese monicaco... A mí, que llevo más de veinte años navegando en la Castle-Line... Vamos a contar: el Greystoke Castle, el Pembroke, el Thurland, el Malcolm, el...

—Es inútil que siga contando —le interrumpió el joven—. ¡No hay más que siete Castillos del Rey del Mar!

—Bueno —dijo sencillamente el mecánico—. Está borracho como una cuba; por eso dice semejantes tonterías.

Pero Wittebrood, que acababa de descorchar una botella para la última ronda, la dejó caer.

«¡Heu, heu! ¡Meuh! ¡Meuh!», gimió la sirena.

—¡Cuatro llamadas, asquerosos borrachos! —tronó el oficial—. ¿Queréis desfilar de

una vez?

—Cuatro vasos más —lloriqueó el guardia marina—. Sólo he bebido dieciocho, y hacen falta veintidós para que el Pájaro loco de las islas Sandwich entre en la jaula.

El oficial le agarró por el cuello del chaquetón y le obligó a cruzar la puerta.

—¡Qué pítima ha cogido! —rió el mecánico.

—Cuatro vasos... y el Pájaro loco de las islas Sandwich... —se lamentó una voz en el viento.

La taberna había quedado vacía de bebedores, a excepción del joven que se había quedado bruscamente dormido.

Delante de él, Wittebrood, lívido, los ojos desorbitados, miraba los dibujos que el joven había trazado con tiza sobre la mesa.

Era una jaula vacía, toscamente dibujada, delante de la cual se pavoneaba la caricatura de un pájaro.

—No estoy soñando —balbució el tabernero—. Estoy en mi taberna, Au Phare Amusant, la luz está encendida, y tengo delante de mí a un joven borracho que ha dibujado el Pájaro loco de las islas Sandwich y ha dicho que hacían falta veintidós vasos... Veintidós, exactamente, y luego ha hablado de los siete Castillos del Rey del Mar. ¡Que el Señor nos proteja!

¿Qué hace Wittebrood?

Apenas se toma la molestia de bajar la llama del gas y de cerrar la puerta con un rápido giro de la llave.

El Phare Amusant queda abandonado, y el cajón del mostrador, ligeramente entreabierto, está lleno como el cesto de costura de una anciana.

Confortables guldenbons holandeses, arrugadas libras esterlinas, dólares grasientos, marcos irisados, billetes franceses de ruidosa seda, duros billetes belgas, coronas danesas que huelen a foca; toda aquella moneda, al verse tan peligrosamente abandonada, se estremece con doloroso estupor.

Ya que, en un rincón, hay un extraño, un pobre al cual las invitaciones a beber han apagado la sed y encendido la embriaguez.

El estremecimiento de los billetes semeja ahora al del follaje de agosto alcanzado por la brisa.

Aquel ruido, ¿no es el de una mano que rueda en la sombra, tendida hacia ellos con una codicia criminal?

Pero, no, es el misterioso huésped de la medianoche, el diminuto animal de las tinieblas que hace andar su reloj entre las maderas viejas del mostrador.

El desconocido duerme, la cabeza sobre la mesa, sus cabellos borrando poco a poco el extraño dibujo a tiza, mientras en el exterior, Wittebrood lucha contra el viento que llega, desde alta mar, a amenazar con las peores cosas a los buques colocados al abrigo de las dársenas.

Ahora está cruzando uno de los barrios más curiosos de la ciudad: mitad muelles, mitad calles.

Un callejón desemboca bruscamente en un muelle donde duerme un mercante oxidado, con la chimenea roída por la sal. El muelle alargado os lanza de lleno contra un colmado-taberna, donde murmuran aún unas voces tardías.

He aquí un callejón sin salida más negro que las nubes ladronas de estrellas; al fondo, se adivina un agua inmóvil, apenas removida por unas proas raras y lentas.

—¡Eh, Ártico! —grita el tabernero.

En el viento hay un gran ruido de garruchas secas que se lamentan; un dolor de vergas retorcidas pasa por el aire.

—¡Eh, Ártico! ¡Eh, Bjorn! —insiste Wittebrood.

Se abre una puerta, un resplandor salta, rojo y redondo, como un animal, y saca de la sombra un palo mayor, unas jarcias oblicuas, una verga baja.

Wittebrood ha retrocedido un poco; la claridad acaba de revelarles que el callejón sin salida no era más que un muñón de calle, y que faltaba únicamente un paso para verse precipitado entre el muro del muelle y el costado del buque.

Una voz inquiera:

—¿Wittebrood?

Una mano, surgida en medio de la roja claridad, ayuda al tabernero a subir a bordo.

Ahora se encuentra en una camareta débilmente iluminada donde cuatro hombres, muy altos y muy rubios, le miran severamente.

—Espero que no te habrás molestado por nada, Wittebrood, ni nos habrás molestado a nosotros por lo mismo...

El tabernero levanta una mano con un gesto casi solemne y dice:

—En el Phare Amusant hay un joven que habla del Pájaro loco de las islas Sandwich y de los siete Castillos del Rey del Mar.

Los hombres parecen convertirse repentinamente en estatuas; un silencio enorme reina en la pequeña camareta; no se oyen más que los tictacs de los relojes y la respiración asmática de Wittebrood.

Luego, Bjorn, el más alto de los cuatro, de rostro austero de sacerdote, une las manos.

—¿Será eso cierto, Señor?

—Es pobre y está borracho —dice el tabernero.

Bjorn hace un gesto de indiferencia.

—Tal vez no sea más que un borracho —continuó el mensajero—, que ha oído...

El rostro de Bjorn se crispa y se hace cruel.

—...que ha oído cosas que no es bueno oír. Tanto peor para él en ese caso...

—Tanto peor —repiten los otros.

Y Wittebrood se apresura a añadir:

—Es lo que yo digo, también.

Bjorn se ha puesto un burdo chaquetón de marinero del Norte.

—Vamos, Wittebrood.

En medio del viento que hace remolinar los despojos de la calle, reemprenden el camino del Phare Amusant.

Bjorn contempla al durmiente con una atención angustiada que pone unas profundas arrugas en su frente y en sus mejillas.

—¡Que despierte pronto, por amor de Dios! —murmura.

Como respondiendo a aquel deseo, el joven suspira profundamente y levanta su cabeza pesada de malos sueños.

—Tengo sed —gime.

Wittebrood le tiende un vaso de agua gaseosa en la cual flotan unas rodajas de limón recién cortadas.

El joven bebe con avidez y mastica golosamente las agrias y jugosas rodajas.

Su mirada, al principio vaga y blanda como si temiera herirse con los ángulos de las cosas, se reanima poco a poco y luego se posa en los dibujos medio borrados.

Con el revés de la manga quiere completar su desaparición, cuando Bjorn interviene.

—¡Perdón! —dice, con cierta aspereza—. Estamos aquí por eso, precisamente. El pájaro... ¿Cómo dice?

—Yo no digo nada —gruñe el joven.

—Ahora no, desde luego, pero antes tenía usted la lengua más suelta, y decía unas cosas muy raras.

—¿Unas cosas... muy raras? —balbucea el dibujante.

—Sí.

—Bueno, sin duda estaba borracho como una cuba; debí decir alguna tontería, porque no sé nada.

—En tal caso, no diga nada —le sugiere amablemente Bjorn.

Y luego, inclinándose confidencialmente hacia el joven:

—¿Viene usted de allá abajo?

—¿Eh? ¿De allá abajo? ¿Qué quiere usted decir?

—¿Leeuwarden?

El joven inclina la cabeza.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta plañideramente.

—Por el color amarillento de su cara. Sólo la cárcel ha podido dejarle ese color. Es una marca de fábrica, que por otra parte se borra con el aire libre y la buena vida —dice Bjorn, riendo.

El desconocido ha cerrado los ojos, y, sobre su pálida mejilla, espantosamente pálida, rueda una lágrima.

—Perdone —dice Bjorn—. No le he dicho nada malo. La cárcel no significa nada; incluso puede ser un diploma... Pero, ¿qué le pasa?

Los ojos del joven parpadean de un modo muy raro, prolongados estremecimientos le sacuden.

—¡Dios me perdone! ¡Este muchacho tiene hambre! —exclama Bjorn.

—¡Oh, sí! —murmura una voz débil.

Lo que sigue entonces es un poema, un himno, una marcha triunfal compuesta inmediatamente por Wittebrood.

La despensa de una taberna de marinos holandeses se revela a menudo de una riqueza fantástica.

Es una selva virgen de comestibles donde uno se pierde, donde uno se abre camino difícilmente a través de la maleza de olorosas viandas.

Ante la sonrisa de Bjorn y las maravilladas miradas del hambriento, las mesas florecen como un desierto encantado.

Panecillos dorados y crujientes, una torreta de mantequilla, largas lonjas de salmón ahumado, matorrales de langostinos frescos, regimientos de salchichas, platijas fritas..., todo ello aparece como al conjuro de la varilla de un hada.

—¡Coma! ¡Coma más! —ordena Bjorn—. El comer empuja a las confidencias. Un estómago lleno no tiene secretos.

En el plato de su invitado, vacía una enorme bandeja de huevos rescalfados sobre amplias lonjas de jamón.

—¿Y ahora? —inquiere Bjorn, cuando el joven deja caer cuchillo y tenedor.

—Bueno —dice el otro, como si hubiese adoptado una súbita decisión—, conocí al viejo vagabundo en Leeuwarden. No tenía un céntimo y no podía comprar nada en la cantina. Yo le regalaba bizcochos y tabaco. Siempre me decía que al llegar el equinoccio de otoño me recompensaría de un modo principesco. A mí me parecía que estaba un poco chiflado, pero era un hombre pacífico y simpático y continuaba haciéndole pequeños favores. Cada vez que repetía su misteriosa promesa yo le preguntaba, irónicamente, por qué tenía que esperar hasta una fecha relativamente lejana.

«Porque en aquella época me será devuelto mi poder», me contestaba.

El joven se calla, y un poco de sudor empapa sus sienes.

—Y aquella noche... ¡Dios mío! Preferiría...

—¿Quiere usted hablar de una vez? —apremia Bjorn—. Y diga la verdad, si no quiere salir malparado.

—Pero, ¿me creerán ustedes? —lloriquea el joven—. Va a parecerles tan inverosímil...

—Nosotros creemos en lo inverosímil —le interrumpe Bjorn.

—Sí —murmura el otro—. Decía que entonces apelaría al Rey del Mar.

Bjorn se inclina hacia él.

—¡Ése es un nombre que no debe usted pronunciar más, amigo!

—Aquella noche, pues, hacía mucho viento, como ahora... La cárcel dormía y los pasos del vigilante, semejantes a monótonos chasquidos, se perdían en los pasillos. Fui despertado por una especie de crujido, y he aquí que la pared, enfrente de mí, se hendió con una larga línea luminosa, extraordinariamente brillante.

Entonces... ¡Oh! Entonces...

¡Pan!

Tinieblas

Un grito.

Voces angustiadas y al mismo tiempo furiosas.

Unos fósforos rascados, unas leves claridades rojizas apagadas en el mismo instante de nacer...

Un ruido de fuga en la oscuridad.

Una vez más, el Phare Amusant está desierto.

¿Desierto? No.

Hay aún dos presencias en aquella taberna de Holanda.

Una de ellas, espantosa y muda para siempre, es la del antiguo preso de Leeuwarden, tendido en el suelo, muerto, por una bala que ha abierto tres agujeritos redondos: en su frente, en el cristal y en el visillo.

La otra presencia era la de Rotten Bol.

Rotten Bol sale del armario donde se había ocultado en el momento del regreso de Wittebrood. Se acerca de nuevo al cajón del mostrador y se apodera de los billetes. Luego desliza bajo su brazo los dos mejores cantarillos de Hulstkamp que encuentra sobre el mostrador.

Cuando Rotten Bol se hubo gastado los ochocientos florines producto de su robo, cometió otro, con menos éxito, ya que fue atrapado con las manos en la masa por un agente de la brigada de investigación criminal y tuvo que comparecer ante el juez, el cual le envió a Leeuwarden por un período de dos años.

Fue un preso modelo en todos los aspectos, y en el informe que el capellán unió al del director de la prisión, figuraba esta nota elogiosa:

Hombre muy caritativo. Se ocupa mucho de los ancianos detenidos, a los cuales hace pequeños favores. Casi todo el dinero de que dispone lo gasta en bizcochos y tabaco, que les regala generosamente.

En el fondo, Rotten Bol hierve de rabia, ya que preferiría fumarse él mismo aquel tabaco y gastar el resto de su dinero en unos litros de cerveza y unos arenques ahumados.

Hay muchos vagabundos viejos internados en la cárcel de Leeuwarden, y como los dos años de condena son muy largos, no desespera de caer un día sobre el extraordinario anciano que recompensará su generosidad con unas confidencias relativas al Pájaro Loco de las islas Sandwich y a los siete Castillos del Rey del Mar.

Entonces tendremos ocasión tal vez de reanudar este relato, que nos hemos visto

obligados a cortar como a cuchillo, ya que conocemos perfectamente a Rotten Bol y, si se le invita a beber sin restricciones, pueden esperarse muchas cosas de su innata verborrea.

EL FANTASMA EN LA CALA

—Capitán —me dijo el Krol—, Bunny Snooks sabe una historia real y terrible. Quiere contarla, pero antes hay que pagar una ronda de ginebra y una pastilla de Mayblossom para cada uno de nosotros.

Yo regresaba de una corta travesía a lo largo del Sheerness, cubierto con una gorra de marino ostentosamente galoneada; el título de capitán me gustó tanto como la propuesta del Krol.

—De acuerdo —dije.

—Entonces —continuó el Krol—, una pastilla de tabaco para mí, otra para Bunny Snooks, otra para Sam Tuppel, otra para Hans Gabel... La mía tiene que llevar su papel de plata, pues los guardo para los sabañones.

—De acuerdo —repetí.

—Yo también sé una historia real y espantosa —empezó Sam Tuppel volublemente—. Ocurrió en casa de Peg Flower, el día que se tragó sus tijeras para suicidarse, por el amor de un tal Reyman, del Greyland Castle. Estábamos en su casa Jeroboam Nussepen, Manitoba, Joe el Americano y yo.

—El capitán no te ha pedido que cuentes nada, hijo de raya —dijo Krol, dejando caer sus dos puños sobre el cráneo tinoso de Sam Tuppel.

Sam no dijo nada más, porque se deslizó bajo la mesa como una sonda en aguas tranquilas.

—Nos beberemos su ginebra —dijo Krol con aire triunfal—, y partiremos la pastilla de Mayblossom en dos, la mitad para mí y la otra mitad para Bunny Snooks, que es el narrador.

—Es una historia de la Ruta del Ron —gruñó Bunny, malhumorado—, y no quiero contarla si ese cerdo con barba que está allí, en la mesa de la derecha, nos escucha.

El Krol se acercó inmediatamente al importuno y le saludó cortésmente, ya que el Krol ha recibido una esmerada educación.

—Caballero —dijo—, vamos a contar una historia que no le importa. Por lo tanto, le quedaremos muy agradecidos, yo, Bunny Snooks, Hans Gabel y el capitán (Sam Tuppel no cuenta, porque se ha empeñado en quedarse debajo de la mesa como un chiquillo travieso), si se busca otro asiento. Si se niega usted, le morderé la nariz y le diré al tabernero que acaba usted de robar el cuchillo nuevo con el cual abre las ostras.

El cliente accedió de buen grado a la cordial petición del Krol y se instaló cerca de la puerta.

Desde allí nos dio la peor de las ideas acerca de su educación, ya que durante todo el resto de la velada se dedicó a dirigirnos las muecas más absurdas, levantando la punta de su roja nariz con el pulgar y bizqueando hacia nosotros como un cochino sobre un perro muerto.

Pero Bunny no le hizo más caso del que le hacíamos nosotros y, con la mirada llena de recuerdos, con un estremecimiento que pareció pellizcarle la nuca como un viento acanalado, se inclinó hacia nosotros.

Desde hacía cuatro horas, me deslizaba de caja en barril y de fardo en paquete, en los almacenes de la Fitzgibbons Co., sin encontrar nada bueno que llevarme.

Un fardo enorme de pieles de conejo olía tan mal que me faltaba el valor suficiente para sacar unas cuantas a fin de vendérselas a Moise Scapulaire, el usurero de Soho, al cual acecha el infierno desde el maldito día en que nació.

Llovía espantosamente, como sólo llueve en los puertos miserables, con una lluvia que huele a salmuera y a carne corrompida, un anticipo de los días a venir para los marineros, cuando no serán más que una podredumbre que se mueve a impulsos del oleaje.

Esa lluvia la he conocido en Londres, en Hull, en Leith, en Hamburgo, en Copenhague, en Riga..., en muchas partes del mundo. Ella es la que os empuja a las tabernas, dispuestos a todos los crímenes a cambio de un ponche, de una pipa, de una risa de muchacha rolliza, de una hora de calor y de luz.

A lo largo de aquel día había hecho algunos decepcionantes descubrimientos: las agujas de los pinos de Kensington Square no son comestibles; la piel de los plátanos no es mucho mejor. El primer bocado de cuero de una bota vieja pasa, el segundo, no. Las pieles de naranja, una vez limpias del barro que las cubre, excitan el hambre en vez de aplacarla. No hay que masticar trozos de estopa: es algo que da una sed espantosa y ensucia el aliento. El agua, sin un poco de whisky o de ron, no puede beberse: es preferible morir.

Una idea se impuso a mi cerebro, muy deprimido.

—Voy a matar a un perro, a asarlo en los terraplenes de Putney Commons y a venderle su piel a Moise Scapulaire por un vaso de whisky.

La lluvia llegaba ahora a ráfagas bruscas, impulsadas por un viento de todos los diablos; me atravesó el jersey, y la sentí sobre mi vientre vacío como un asqueroso sudor de enfermo.

—Voy a matar a un perro —me dije—, y...

Delante del almacén, un viejo mercante, oxidado y negro, llevando en sus costados toda la mugre de los muelles del Norte, llenaba su cala de cajas, con un gran ruido de cabrestantes y de golpes de silbato.

Por un instante, la puerta de la cocina se entreabrió sobre una claridad de fogones y del vapor de las cacerolas. Una ráfaga de viento trajo a mi olfato el olor a carnero hervido.

—Mataré un perro —dije maquinalmente en voz alta—, y lo asaré...

—Schwein, pig, gachón! — dijo una voz desagradable, surgida muy cerca de mí de un cuadro de oscuridad entre las cajas.

Entiendo algunas palabras en todos los idiomas del mundo, entre otras..., pero ello no tiene nada que ver con mi historia, la cual perdería en decoro; lancé mi barrena contra aquel rincón oscuro, y un horrible aullido creó inmediatamente una agradable diversión a mis negros pensamientos. El ser que salió de la húmeda sombra con mi barrena hundida en el vientre como una flecha en un saco de paja se presentó ante mí como un compañero de miseria tal que lamenté sinceramente mi gesto.

—Caballero —le dije—, no quería hacerle daño; imaginé la presencia de un guardián, de un aduanero, de un empleado de la casa armadora o de algún otro bicho

por el estilo, pero no la de un caballero como usted.

Aquella hombría de bien pareció complacer al individuo, ya que replicó con mucha cortesía que se sentía encantado, y que el pequeño pinchazo de mi barrena no era nada al lado de la inmensa alegría que experimentaba al trabar conocimiento con un hombre tan bien educado como yo.

Los escasos minutos de conversación que siguieron fueron suficientes para descubrirnos una inclinación similar hacia el whisky, el tabaco y la tranquilidad absoluta.

Me confió que era alemán, y yo le confesé que adoraba un buen choucroute humeante con un vaso de schnaps.

Aquella cortesía le llegó directamente al corazón, y expresó la opinión de que entre personas de ideas amplias y cosmopolitas, como él y como yo, todo conflicto resultaría imposible.

Luego me sopló al oído que conocía un buen asunto.

Mientras le miraba con mucho interés, sucedió la cosa que debía decidir mi terrible aventura. Las grandes lámparas eléctricas que inundaban los muelles de una luz cruda se apagaron repentinamente.

Estibadores, marineros, mecánicos y oficiales lanzaron al unísono un mismo juramento que rodó como una salva perfecta sobre las aguas oscurecidas.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! —me apremió mi compañero—. El momento es de lo más favorable. ¡Dios está con nosotros!

—Pero, ¿adonde...? —inquirí débilmente.

—Rapidez y silencio —susurró.

¡Dios mío! Cuando se ha llegado al extremo de comer cuero de bota vieja, puede uno lanzarse a todas las aventuras, ya que no puede sucederle nada peor...

En consecuencia, me dejé arrastrar por mi compañero a lo largo de un muelle lleno de cajas, luego por una pasarela polvorienta como una piel de abadejo, para desembocar finalmente en una oscuridad espesísima, al fondo de un inmenso agujero tapado por un montón de cosas.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Silencio —murmuró mi nuevo amigo.

La oscuridad empezó a quedar salpicada por unas llamas oscilantes, las cuales reconocí como antorchas de petróleo.

—¡Fábrica del diablo! —aulló una voz—. No puedo esperar más... Tengo que hacerme a la mar. Que pongan en la cala lo que quieran y levaremos anclas.

—Pero, ¿y la carga que está al llegar, capitán?

—¡Me importa un rábano! ¿Y la hora, digo yo? ¿Y el tiempo?

Chirriaron unos cabrestantes y luego, con un gran ruido de chatarra, se hizo la noche sobre nosotros.

—¿Dónde diablos estamos? —volví a preguntarle a mi compañero.

—En la cala del *Fulmar, lieber Freund*, un mercante que sale hacia la Ruta del Ron, lleno de cajas de whisky, de ginebra, y de todas las cosas buenas del mundo.

—¿Y qué haremos?

—¡Vamos a beber! Beberemos todo lo que queramos, y todavía más...

—¿Y si nos descubren?

—Nos...

¡Pam! ¡Pim! ¡Bum!

Un choque brutal me lanzó contra una masa de obstáculos que me asesinaron; algo muy pesado se derrumbó con un ruido de catarata lejana.

—¡Eh! —¡llamé.

Silencio.

—¡Compañero!

Nadie contestó.

—Vamos, vamos. No me gustan las bromas, sobre todo en medio de esta oscuridad.

Se oyó el prolongado aullido de una sirena.

—Schwein! —grité—. ¿Qué significa esta guasa?

Alrededor de los flancos de hierro del buque rodaron unas cadenas. Pero a mi alrededor el silencio reía espantosamente, como una máscara.

—Bueno —dije—. ¡Camarada, no es usted un caballero!

En aquel momento, un sollozo insensato, una queja entrecortada ascendió en las tinieblas, rodeándome como un invisible serpentín de vibraciones dolorosas y se apagó entre las sombras opacas.

Una, dos, tres, cuatro cajas se derrumbaron; oí un ruido de tablas rotas; luego se rompieron unas botellas, con un sonido argentino.

Y, de repente, me encontré con una botella en la mano. Luego dos, luego diez, luego centenares de botellas me rodearon...

¡Ah! ¡La formidable caricia del whisky que uno traga!

¿Cuántas horas... o días?

El mareo me había golpeado durante mi sueño, ya que un olor agrio y sofocante se mezclaba con los nobles efluvios del whisky.

Una gran botella se encontraba a mi alcance; con un golpe seco, su cuello se rompió contra un obstáculo invisible en la oscuridad y una humedad viscosa y perfumada inundó mi mano.

Alcé la botella dispuesto a saborear el dulce bálsamo que huía...

¡Santo cielo, qué grito lancé entonces!

Un dedo verde, extrañamente luminoso, se tendía hacia mí desde el fondo de la noche.

¿Un dedo, he dicho? No, un dedo, no: vi oscilar unas llamas verdosas y luego,

súbitamente, una mano entera, una mano de fuego verde arañó las tinieblas.

—Es un sueño —dije—. He bebido como un canalón de desagüe, y no he comido nada desde hace tanto tiempo que ya no sé lo que significa tener dientes. Seguramente, se trata de algo debido al whisky y a los excelentes licores que he ingerido. Voy a cerrar los ojos y, cuando vuelva a abrirlos, la cosa habrá desaparecido como un maligno farolillo de babor, ni más ni menos.

Pero, por mucho que cerré y abrí los ojos, la mano continuó recortándose en la oscuridad, animada de una vida furiosa.

—¡Una pesadilla! —dije en voz alta—. ¡Estoy soñando despierto!

Bebí otro sorbo de licor perfumado.

—Mira —le dije al extraño objeto—, tú eres una pesadilla, mejor dicho, parte de una pesadilla (hablaba en voz alta y reposada para combatir un abominable miedo que empezaba a retorcerme las entrañas), y te veo estando despierto porque he bebido enormemente.

«¿Eh? ¿Te das cuenta? ¿Crees ahora que no me inspiras miedo?»

En aquel momento, la mano se contrajo de un modo tan espantoso que mi terror se resolvió en un aullido.

—¡Socorro! —grité.

Y, súbitamente, recordé el estertor agónico que había oído en el momento de la salida del barco.

Sin duda, mi amigo alemán estaba muerto y su fantasma se encontraba allí, surgido de los terribles abismos del Más Allá.

—Oye, amigo —dije—, ¿qué es lo que quieres?

La atroz zarpa arañó el terciopelo de la noche con su furor verde.

Grité:

—¡Hans! ¡Kurt! ¡Fritz! Ni siquiera me dijiste cómo te llamabas... Lieber Freund! Achí iSchwein, Rinvieh, Schatz, Schafskopf! Retira tu mano verde, ¿quieres?

La mano hizo un gesto de bendición entre las tinieblas.

—Ya entiendo —dije—. ¿Quieres unas oraciones? Claro, tu alma no tiene el descanso que necesita... En nuestro oficio de pobres y de maleantes, a veces enojamos al Señor. Pero, merecemos un poco de indulgencia, ¿no es cierto? Si Dios no encontrara disculpas ante el hambre, la miseria, la tristeza y la gran sed de los pobres diablos, la vida no valdría más en el cielo que en la tierra, ¿verdad? Tienes que perdonar las palabrotas que deben sonar muy mal a tus oídos de elegido, ya que seguramente ahora eres casi un santo, dejando aparte unos cuantos pecadillos que lavarás con unos años de purgatorio...

La mano de fuego verde continuaba bendiciendo.

—Sí, sí, necesitas oraciones... Escucha: diré veinte veces: «En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén», cerrando los ojos, y cuando vuelva a abrirlos habrás retirado tu mano verde y habrás cesado de inspirarme miedo.

»¿De acuerdo? A la una, a las dos, a las tres. Empiezo...

Recité veinte veces la frase santa; abrí los ojos, con el alma llena de esperanza.

¡Ah, sí! La garra blandida hacia mí se había convertido ahora en un puño cerrado.

—¡Alma querida! —exclamé—. ¿Es acaso culpa mía si no puedo servirte una oración completa? No he aprendido nada más. Pero, si vieras la fe que pongo en ella... Bueno, veinte veces es poco, ¿verdad? ¿Qué te parecen treinta veces, cincuenta veces, cien veces...? ¡Cien veces! ¿Eh? ¡Caramba! Por lo visto has hecho muchas cochinas, ¿eh? Pero eso no me incumbe. Aquí estamos entre caballeros, ¿no es cierto?

»En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Cuando hube recitado cien veces la jaculatoria, la horrible mano continuaba oscilando como una llama, más verde que nunca.

—¡Tramposo! —grité—. Yo he rezado por ti... ¡Vete de una vez!

Furiosamente, empuñé a ciegas una botella cuyo gollete rompí.

Bebí, bebí, bebí... El estómago se me llenó de fuego, el cerebro de valor, y lancé la botella vacía hacia el fantasma, y luego otra botella, y luego otra, y otra más; y, al ver que la caja quedaba vacía, la agarré y la arrojé con todas mis fuerzas hacia la pata maldita.

Entonces...

¡Oh! Entonces...

Se oyó un ruido infernal, unas extrañas vocecillas clamaron una súbita cólera y, en vez de la mano, apareció el fantasma... estremeciéndose, mariposeando con sus diabólicas llamas verdes.

Aullando, me refugié detrás de una barricada de cestos y de cajas.

¡Ah! ¿Cómo dejar de verlo?

Estaba allí, agitado por horribles y misteriosos estremecimientos; en un momento dado, bailando una danza macabra de ahorcado; un momento después, sus gestos eran de infinito cansancio, o bien grotescos y solemnes. A su alrededor remaba una atmósfera salpicada por una multitud de pequeños rumores lejanos; silbidos, gritos, luchas, lamentos...

¡Oh, Dios mío! Comprendo: era el eco del infierno que llegaba hasta allí; un tentáculo del Mundo Eterno de las Tinieblas se había deslizado hasta mí.

¡Señor!

¡Yo he visto a los demonios!

Eran unas rápidas y largas llamas verdes, salpicadas con dos ojos rojizos, que pasaban, volvían a pasar y se lanzaban con una rabia abominable sobre el condenado. Éste se retorció entonces entre espantosos y silentes dolores.

Una caja despanzurrada me ofreció sus botellas: eran de whisky.

Durante varias horas, varios días, varias semanas —¿qué sé yo?— asistí a una horrible transformación del fantasma.

Sus ojos se habían vuelto espantosamente negros; su boca estallaba en carcajadas inauditas, colosales; su mano se había alargado en forma de garra en la noche maldita.

—¡Un esqueleto!

¡Un asqueroso esqueleto me miraba, me amenazaba, me esperaba!

¡Y luego llegaron los diablos!

Todas las cajas se constelaron de ojos terribles, rojos y malignos.

Estaban allí, rodeándome.

Yo era el centro de aquel círculo infernal; el espectáculo prometido a su monstruosa y espectral codicia.

Unos ojos se acercaron, unas garras agudas hurgaron mi carne.

Aullé mi último espanto.

Y, repentinamente, llegó la liberación: unas trampillas abiertas bruscamente a un cielo azul por el que corrían unas nubes exquisitas.

¡Un inmenso soplo fresco, el aliento de Dios!

Gritos, juramentos, tarascadas.

Me encontraba sobre el puente del Fulmar, rodeado por una docena de rostros asombrados y furiosos.

—¡Crápula! ¡Espía! —gritó el capitán—. Se ha ocultado en la cala... Vamos a meterle otra vez allí, y...

—En la cala hay un fantasma —aullé—. Un fantasma verde y unos diablos. ¡Prefiero morir!

—¡Nos ha robado! —rugió el capitán—. Está borracho, está loco, hay que...

Pero un grito de terror, surgido del fondo del buque, interrumpió la furia del jefe.

Un marinero subió, muy pálido, la escalerilla de hierro.

—Dice la verdad, capitán. En la cala hay un esqueleto de fuego verde.

—¿Se da usted cuenta? —murmuré débilmente.

No quiero alargar demasiado la narración, sobre todo porque la aventura pierde todas sus formas fantásticas ante la inmensidad azul del cielo y del mar.

Volví a estremecerme de horror cuando me pusieron en presencia del esqueleto de mi camarada alemán, concienzudamente roído por las ratas de la cala.

Muerto a causa de la caída de una caja mal estibada, su cadáver se había convertido en apetitosa presa para los numerosos roedores del viejo mercante.

Y yo había asistido, como espectador horrorizado, al espantoso festín de los pequeños monstruos. Había estado a punto de ser víctima también de ellos, ya que su gusto por la carne humana se había despertado, cuando mis gritos llamaron la atención del segundo de a bordo, el cual soñaba en el puente, pensando en una Dolly lejana.

El capitán explicó las llamas verdes por un fenómeno de fosforescencia.

—¡Es como un pescado podrido en una bodega! —dijo—. Y las calas del Fulmar son las peores bodegas del mundo, y ese cochino ladrón vale menos que un pescado podrido.

No me entregaron a las autoridades, pero me hicieron trabajar como una bestia.

El Fulmar entregó su cargamento, haciendo un negocio magnífico; toda la tripulación recibió una espléndida prima.

Al desembarcarme, de regreso a Liverpool, el capitán me despidió con dos formidables puntapiés.

—Por las botellas robadas —dijo, al tiempo de propinarmelos—, por el tiempo perdido, y por el saco en el cual cosieron a tu cochino amigo alemán.

Pues olvidaba decirles que dieron a mi compañero desconocido la sepultura de los muertos del mar, metido en el interior de un saco.

¡Ah! Aquel ruido fúnebre de huesos tragados por una voraz garganta...

Espantoso, sencillamente espantoso.

En honor a la verdad, añadiré que al verme tan contrito sobre los muelles de aquella estúpida ciudad de Liverpool, el capitán volvió a llamarme, me dio dinero para ir a Londres, un paquete de buen tabaco, un chaquetón usado y otro puntapié, aunque mucho menos fuerte que los otros.

—La moraleja de esa historia... —dijo el Krol.

Pero no terminó su frase, que probablemente hubiera estado teñida de una elevada y serena filosofía.

Como se había bebido toda la botella de ginebra mientras Bunny hablaba, se deslizó bajo la mesa con una sonrisa angelical para reunirse allí con Sam Tupples, caballero honorable y muy conocido en Soho, Whitechapel y Cheapside.

EL LIBRO DE LOS FANTASMAS

CASA EN VENTA

*Será en vano que los jueces de los hombres
imploren la clemencia divina. Conocerán el
espanto y la eternidad del castigo.*

El libro de la Sabiduría

CONFUCIO

No hubiera concedido tanta importancia a esta historia de fantasmas de no habérmela contado Dunstable.

Y Maple Dunstable es, desde luego, uno de los demonógrafos más ilustres de este siglo; y la demonografía, ciencia terrible aunque desacreditada, cuenta con un número muy pequeño de iniciados, afortunadamente.

El propio Dunstable la llamó «una historia de fantasmas al revés», expresión que me dejó muy perplejo. De modo que voy a contarla tal cual. Me interesa de un modo especial porque en ella se alude, aunque sea de paso, al libro mágico Stein.

¿Quién es el autor de ese espantoso memorial del sortilegio razonado y, mediante sus fórmulas, puesto al alcance de todos? Se citan tres o cuatro nombres oscuros, que no le aclararían nada al lector si los transcribiera aquí. Lo único que se sabe, o, mejor dicho, lo único que se admite, es que nació en el siglo XVIII en Stein, un pueblo suizo del cantón de Appenzell. Allí fue donde el documento se encontró, más tarde, por Simón Rowldgem, descendiente del enigmático doctor John Dee, el constructor del espejo negro que fue orgullo y desventura de la familia Walpole, en los siglos pasados.

Escuchemos a Dunstable a propósito del libro mágico Stein:

«El autor ha destilado hasta cierto punto las obras del Gran Albert, *La clavícula del Rey Salomón* y *El Libro de la Cábala*, rechazando, como residuos inutilizables, su hermetismo, su oscuridad, su fantasía, para llegar a una quintaesencia clara, concreta y temible. Ha elaborado fórmulas precisas como ecuaciones algebraicas o químicas, sin probabilidades ni debilidades. ¿Quién lo tuvo en su poder?»

Aquí siguen algunos grandes nombres de la historia, lo mismo de la Revolución francesa que de la epopeya napoleónica y de la vida moderna.

«Si yo lo tuviese en mi poder, no vacilaría en destruirlo cuando me sintiera cerca de mi final, hasta tal punto podrían esos escritos insólitos empujar a los hombres, mucho más que los conflictos, a los peores fines.

»Da la casualidad de que, aunque vagamente, sé de lo que se trata en él. Eso me ha bastado para perder el reposo y la tranquilidad del alma, tan necesarios a los que se enfrentan con lo Desconocido. Y el capítulo más espantoso es el que se atreve a discutir acerca de la justicia soberana. ¡El que incita y permite directamente robar a Dios! ¡Se trata de castigar a los muertos!

»Y eso fue lo que hizo Merrick.

»Y Merrick, que era un hombre completamente vulgar, no hubiese podido hacerlo si no hubiera tenido conocimiento del libro mágico Stein.

»La cosa no me sorprende demasiado.

«Flavien Merrick era un ladrón. La fortuna le convirtió más tarde, y sin ningún

mérito por parte suya, en un hombre honrado; pero en el fondo de su alma continuó siendo un ladrón, un rufián. Obstinado, perseverante, más astuto que inteligente, aunque no falto de cultura, y por encima de todo terriblemente rencoroso, era el hombre indicado para apropiarse, por todos los medios, de un arma como el libro mágico Stein, y para utilizarla.»

Da la casualidad de que yo he conocido también a Flavien Merrick, y confieso que el juicio emitido acerca de él por el famoso demonógrafo me desconcertó un poco. Pero eso contribuye a que desee ofrecer este breve y terrible relato.

Merrick, en la época en que yo le conocí, aunque sin relacionarme con él, era un hombre de aspecto vulgar, aventurero sin importancia, granuja poco temible, ya que sus delitos eran de poca monta.

Sin embargo, a raíz de un asunto de falsificación y de cheques sin fondos, la justicia se ocupó de él y le envió a la sombra por unos meses. Eso ocurrió en una pequeña ciudad del norte de Francia, donde M. Larrivier era Primer Presidente del Tribunal.

En París o en una población importante, Flavien Merrick hubiese salido mejor librado, con un sobreseimiento en el peor de los casos, y con muchas posibilidades de que le absolvieran, hasta tal punto eran débiles las pruebas aportadas contra él. Pero había que contar con la mentalidad de presidente Larrivier. Era un magistrado de la antigua y noble escuela, íntegro e intratable, que aplicaba la ley con un rigor extremado y para quien la circunstancia atenuante era letra muerta. Partía del principio de que, en el acusado, las posibilidades de no-culpabilidad alcanzaban apenas el irrisorio porcentaje del uno por ciento. Así, declaraba orgullosamente que en toda su carrera sólo había absuelto a cinco inculpados; con todo el dolor de su corazón, desde luego, pero vencido por unas pruebas de inocencia demasiado aplastantes.

Sin embargo, Flavien Merrick se presentó ante el severo juez con el corazón ligero. Creía tener algún derecho a la gratitud del magistrado.

El presidente Larrivier, célibe feroz, vivía en una casa muy antigua y muy grande de las afueras, con sus libros y un único amigo, al que quería por encima de todo: Fram, un viejo perro de Terranova. Un día, el presidente se paseaba con su querido compañero a lo largo del canal, en el momentó en que las esclusas abiertas expulsaban las aguas con grandes remolinos.

Fram, que espiaba en la orilla la huida de una rata, hizo un falso movimiento y cayó al agua. Lo que para cualquier otro perro hubiese sido un simple baño, estuvo a punto de resultar fatal para el viejo perro.

El pobre sufría reumatismo y sus patas traseras estaban semiparalizadas. Atrapado en un torbellino, iba a ahogarse lamentablemente cuando apareció Merrick en el escenario del drama. El granuja era indudablemente una mala persona, pero quería a los animales y no le faltaba valor.

Se echó resueltamente al agua y salvó a Fram.

M. Larrivier lloró de agradecimiento y Merrick, que en el fondo era un pillo, rechazó el ofrecimiento de una recompensa que prometía ser generosa.

Así, no es de extrañar que Flavien Merrick saliera con una sonrisa amarga y decepcionada en los labios, flanqueado por dos gendarmes, de la sala de la Audiencia donde Larrivierle había condenado a la máxima pena: veinte meses de arresto.

En la cárcel rechazó con altivez las golosinas y los cigarrillos que Larrivier le envió, y

se afirma que el juez quedó tan desolado como sorprendido por aquel hecho: para él, la gratitud y la justicia eran dos cosas completamente distintas, y parecía incapaz de comprender que el Merrick delincuente y el Merrick salvador de Fram formaban una sola y misma personalidad.

Cuando hubo cumplido su condena, Merrick abandonó la ciudad donde Larrivier continuó durante diez años pronunciando sentencias implacables, antes de comparecer él mismo ante el Juez Supremo.

La antigua casa de las afueras fue puesta en venta, pero, sombría e incómoda, no encontraba comprador; además, los herederos del presidente pedían por ella un precio muy elevado. Cuando Flavien Merrick volvió a presentarse en la ciudad, la casa amenazaba ruina.

Nadie sabía de qué lejana tierra de aventuras regresaba, pero no tardó en evidenciarse que la fortuna le había sido escandalosamente favorable.

A ese precio, se olvidan pronto las culpas pasadas; la ciudad festejó al nuevo nabab, sobre todo al enterarse de que pensaba instalarse definitivamente en ella. Desde luego, causó cierto asombro la elección de vivienda de Merrick, teniendo en cuenta que hubiera podido ofrecerse los más fastuosos domicilios.

Compró la antigua casa de las afueras...

La hizo reparar, aunque sin introducir grandes reformas en ella.

Otro motivo de asombro para los habitantes de la pequeña ciudad fue la extraña elección de Merrick en lo que respecta a su servidumbre. Dos o tres criados mulatos desembarcaron un día del tren y fueron entronizados inmediatamente en la sombría morada. Eran personas taciturnas y poco sociables, que se oponían ferozmente a toda intrusión en la casa de su amo.

Unos vecinos curiosos declararon que los criados circulaban por la vivienda con unos atavíos lujosos y exóticos, ceñida la frente por unos turbantes que centelleaban de oro y de piedras preciosas. A veces podía vérselos en el jardín, entregados a incomprensibles pantomimas que semejaban ritos orientales. Pero se trataba sobre todo de habladurías de pequeña ciudad, y la veracidad de tales chismes tiene que ser puesta siempre en cuarentena.

Un día, sin armar ruido, Merrick y sus criados abandonaron la ciudad, y la casa quedó al cargo de un notario, para que la alquilara. El precio del alquiler era mínimo; de modo que el inquilino no se hizo esperar. Fue un tal M. Lantelme, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza.

Los que conocen a aquel hombre de bien, incluso ilustrado, ya que era miembro de numerosas sociedades muy doctas, no se atreverían a poner en duda los sorprendentes testimonios que seguirán y que fueron escritos por su propia mano.

Mi esposa y yo nos instalamos en la casa de las afueras el 1 de agosto, con la intención de aprovechar nuestras vacaciones para organizarnos en ella una existencia lo más cómoda posible.

Tomamos a nuestro servicio a una pareja de edad madura y excelentes referencias, los esposos Blomme, originarios de la Flandes francesa.

Habíamos estado tranquilos, y nada vino a turbar nuestra vida hasta mediados de septiembre, casi en la fecha de reanudación de las clases.

Una mañana, al entrar en mi gabinete de trabajo, que al parecer lo había sido también del difunto M. Larrivier, quedé sorprendido por el insoportable calor que reinaba en él.

La estufa, una inmensa salamandra, no había sido encendida desde nuestra instalación, ya que el verano había sido muy caluroso.

Consulté el termómetro: marcaba treinta y ocho grados. El que se encontraba en el exterior, pegado a la ventana, sólo marcaba dieciocho. Interrogué a mi esposa y a los criados, los cuales se mostraron tan asombrados como yo.

Durante algunos días todo fue normal, cuando el fenómeno se repitió, corregido y aumentado: aquella otra mañana, estuve a punto de caer de espaldas cuando entré en el gabinete y consulté el termómetro: ¡cuarenta y cinco grados!

Todos nos perdimos en conjeturas, ninguna de las cuales resultaba aceptable. Intercambié los termómetros interior y exterior, puesto que este último era un aparato de indicaciones maximales.

Transcurrió una semana antes de que volviera a producirse el hecho insólito: el termómetro marcaba cuarenta y cinco grados, pero atestiguaba que en el curso de la noche había subido setenta grados.

Comprobé entonces que los jarrones, que mi esposa adornaba diariamente con flores frescas, estaban secos y las flores marchitas. Mi tintero aparecía asimismo completamente seco, y sobre mi escritorio unas hojas de papel aparecían encogidas y arrugadas. Mi criado, que examinaba la estancia junto a mí, profirió súbitamente un grito de espanto.

—¡Allí! ¡Allí! ¡Mire la alfombra, señor!

Robinson en su isla no pudo experimentar una sensación más terrible que la que me invadió, al ver la huella de un pie descalzo en la arena de la playa desierta.

En dos lugares, la alfombra estaba quemada de parte a parte por las huellas de dos pies descalzos de una repelente delgadez. ¡Unos verdaderos pies de esqueleto!

Me incliné sobre ellas: exhalaban un repugnante olor a quemado. Decidí pasar en vela las noches siguientes, pero mi esposa se opuso rotundamente y manifestó su intención de mudarse lo antes posible. Pero el anciano Blomme, un ex marino, un hombre que no tenía frío en los ojos, me rogó que le encargara de aquella vigilancia. Acepté de buena gana su ofrecimiento.

Blomme montaba guardia durante la noche a la puerta de mi gabinete, durmiendo durante el día, pero llegamos a primeros de octubre sin que el fenómeno se repitiera.

Decidí relevar a mi criado de aquellas fatigosas veladas, pero insistió en mantenerlas.

Su perseverancia fue recompensada, si puede hablarse de recompensa. Una noche, me despertaron unos golpes dados en la puerta de mi habitación: era Blomme.

—Venga de prisa, señor —susurró—. Noto el calor a través de la puerta, y por debajo de ella se desliza una leve claridad.

Era cierto: por debajo de la puerta surgía una claridad azulada, lunar, y el agujero de la cerradura parecía un ojo pálido en medio de la sombra del tablero.

Empujé bruscamente los dos batientes, los cuales se abrieron ruidosamente.

Un hálito de horno nos hizo retroceder; pero vimos, entre el escritorio y la chimenea, una alta llama de color violeta, inmóvil y como rígida.

No desapareció hasta al cabo de unos segundos, que nos bastaron para ver todo el horror que encerraba.

Rodeaba, cómo un guante transparente, a una espantosa forma humana de una delgadez de momia y que volvía hacia nosotros un rostro atroz.

La aparición se desvaneció rápidamente, como ya he dicho, pero tuve tiempo de reconocerla, a pesar de su monstruosa deformación: era la del juez Larrivier.

El hecho no se repitió.

Renació la paz; pero mi esposa, lo mismo que la mujer de Blomme, se negaron a permanecer más tiempo en la casa embrujada. Tras muchas lágrimas, mi esposa aceptó el ir a pasar unas semanas en casa de su madre, en Dijon, y la criada regresó a Lille, prometiendo regresar cuando los fantasmas hubiesen sido definitivamente expulsados.

El anciano Blomme se quedó, prometiendo ajustaría las cuentas a los que él llamaba «los diablos».

Se acercaba noviembre. Al suave y generoso otoño sucedió un frío brusco y brutal; las últimas hojas no habían caído aún de los árboles cuando las primeras nieves hicieron su aparición.

La soledad del amplio gabinete de trabajo me desagradaba; además, la estufa ardía difícilmente a causa de la chimenea, que tiraba mal: tenía mucho frío en aquella habitación donde había sentido el soplo tórrido del Sahara... De modo que prefería quedarme en la cocina, donde el fuego era vivo y alegre, y donde la compañía de Blomme, aunque silenciosa, me resultaba tranquilizadora.

Recuerdo perfectamente el libro que estaba leyendo: el *Emilio*, de Jean-Jacques Rousseau... Blomme fumaba su pipa junto al fuego, con la mirada perdida en la lejanía, como si aún se encontrara a bordo.

Súbitamente, alcé los ojos de mi libro y encontré los de mi criado.

—¿Ha oído usted algo, Blomme?

—Oír, lo que se dice oír, no, señor, pero...

Tampoco yo oía nada, pero...

Sin decirnos nada, sin ver ni oír nada, sabíamos que los dos teníamos miedo, un miedo espantoso.

—Algo está ocurriendo, Blomme...

—Sí, señor, está ocurriendo algo terrible.

Nos quedamos en silencio; por mi parte, era incapaz de expresar un pensamiento: algo desconocido, pero abominable, inmovilizaba mi cerebro.

Entonces, Blomme susurró:

—¡Toda la casa tiene miedo!

Sí, era aquéllo, y yo no hubiese podido expresarlo mejor: todas las cosas inertes, sin vida ni alma, que nos rodeaban, todas, desde los simples muebles hasta los

ladrillos de la vieja morada, se encogían de espanto.

El gran reloj de péndulo se calló, el fuego cesó de crepitar, la luz de la lámpara eléctrica pareció transformarse, perdiendo su poder de irradiación, las sombras de los objetos fueron repentinamente negras como unas profundidades abismales. Y, súbitamente, la enorme ola de fuego sombrío cayó sobre nosotros.

Noté que mis carnes se apretaban sobre mis huesos, mi lengua se endurecía como el cuero en mi boca, mis ojos penetraban en el interior de mi cráneo.

De nuevo, Blomme hizo un enorme esfuerzo para hablar y su voz me llegó como a través de un tupido colchón.

—El viejo... en la llama.

Mis ojos no distinguían nada aparte de los objetos ordinarios, aunque horriblemente transformados en su esencia, pero no había necesidad de ver: la presencia de Larrivier era real, aunque invisible. Un Larrivier que aullaba inaudibles quejas, nos tomaba como testigos de inhumanas torturas, imploraba ayuda.

Pero intuí también otra presencia que en aquel instante fijaba en mí una atención llena de odio y de rabia. Mi pensamiento se había vuelto hacia el último salvador: Dios, y traté de hacer el signo de la cruz.

Un sufrimiento inaudito, oprimiéndome en lo más profundo de mi ser, me advirtió entonces que aquella terrible presencia enemiga se oponía con todas sus fuerzas a mi gesto.

Mi puño hizo un ruido de sarmiento en la llama: acababa de ser golpeado brutalmente y mi mano, alzada por un instante, volvió a caer como enguantada de plomo. ¿Había tenido Blomme el mismo pensamiento que yo? Quedé convencido de ello, ya que le vi luchar contra el invisible adversario, levantar el brazo como si alzara un pesado fardo, y, de pronto, hacer la señal de la cruz...

La casa tembló en sus cimientos; en el aparador, la vajilla y la cristalería se hicieron pedazos, la ventana quedó arrancada y nos cubrió de trozos de cristal, pero el fuego volvió a crepitar, el péndulo del reloj reanudó su movimiento de vaivén y la luz se esparció como una inmensa flor clara.

Blomme y yo, liberados de la diabólica influencia, nos enfrentamos entonces con una ímproba tarea: los muebles habían empezado a arder.

Aquí termina el testimonio del profesor Lantelme, el cual abandonó la casa de las afueras aquel mismo día y solicitó su traslado.

Un nuevo cartel amarillo apareció en la fachada del inmueble. No estuvo allí mucho tiempo, debido a lo módico del precio del alquiler.

El nuevo ocupante fue un tal M. Boisson, el cual se instaló en la casa con una numerosa familia.

Boisson no pareció sufrir las consecuencias de la cólera del Desconocido, o al menos no habló de ello a nadie.

Era un hombre que se ganaba penosamente la vida, con una caterva de hijos que mantener, lo cual le convertía en un individuo de trato poco fácil.

Es cierto que en diversas ocasiones se quejó al notario, vecino suyo, de los malos olores que reinaban en la casa: a azufre y a cuero quemado, concretaba.

Su esposa, una mujer linfática, debilitada por unas maternidades demasiado frecuentes, consultó varias veces a un farmacéutico de la ciudad, el cual le proporcionó calmantes y somníferos.

—Tengo muchas pesadillas —decía—, y siempre veo al mismo caballero, un anciano retorciéndose en medio de unas llamas.

Los Boisson habían llegado de Grenoble y, en consecuencia, no habían podido conocer al presidente Larrivier. Por otra parte, su estancia en la ciudad no fue muy prolongada; un año más tarde, una cuantiosa herencia les hizo regresar a la antigua capital del Delfinado.

Conviene recordar, quizá, que uno de los pequeños Boisson, al despedirse de sus compañeros de clase, exclamó:

—¡Por lo menos, no viviremos en una casa donde se oye siempre llorar y aullar en los sótanos!

La casa no fue puesta en alquiler hasta unos meses más tarde, y de nuevo encontró rápidamente un inquilino, un pintor con aspecto de bohemio, Anatolle Grenelle.

Evidentemente, si algo anormal hubiese sucedido entre sus cuatro paredes, Grenelle, charlatán, bebedor y vanidoso como Alcibíades, no se lo hubiera callado.

Vivió en la casa muy tranquilo, y en ella hubiese continuado si, a raíz de una exposición de sus cuadros en Lille, no hubiera conocido a la señora Blomme. Viuda desde hacía algún tiempo del excelente Blomme, la antigua criada había abierto un pequeño café muy cerca de la sala de exposiciones. Grenelle acudía a menudo a aquel café, y un día, al enterarse la dueña del lugar de residencia de su cliente, le contó las desventuras del profesor Lantelme.

La semilla cayó en terreno abonado: en su juventud, Grenelle se había interesado por el ocultismo, e incluso había colaborado en una revista de espiritismo.

La información de la señora Blomme bastó para reavivar sus antiguas aficiones. De regreso en su casa, y no consiguiendo descubrir nada anormal, decidió provocar al Más Allá.

Adquirió el tradicional velador de tres patas, lo colocó en el centro del antiguo gabinete de trabajo del juez Larrivier y, de acuerdo con la fórmula consagrada, invocó al espíritu del muerto.

Los resultados superaron con creces sus más ambiciosas esperanzas.

La mesita cruzó el aire como un bólido y quedó reducida a astillas, en tanto que un monstruoso fantasma, surgido bruscamente, se lanzaba contra el temerario, golpeándole brutalmente y dejándole desmayado como una damisela.

Superado su terror, Grenelle intuyó vagamente que podría sacar algún provecho de la fantástica situación.

Fue a ver al notario.

—En la época de nuestros reyes, no hubiese usted escapado a la hoguera —amenazó—. Lo cual no impide...

Sorprendentemente, el notario se mostró muy preocupado. Suplicó a Grenelle que no dijera una palabra a nadie de lo ocurrido y, a cambio de una recompensa muy aceptable, Grenelle prometió guardar silencio.

El notario advirtió a Flavien Merrick.

Merrick llegó dos días más tarde y se presentó al pintor.

Habían transcurrido exactamente veinte meses desde la primera aparición del fantasma de Larrivier.

Al oír el relato de Grenelle, Flavien Merrick no manifestó sorpresa ni emoción; por el contrario, en sus ojos había un resplandor de alegría.

—Señor Grenelle —dijo—, va a ser usted testigo de un acto de justicia. Repita su experimento del otro día.

—¡Jamás! —exclamó el pintor—. Por otra parte, mi velador quedó destruido.

—Eso no importa. Cualquier mesa servirá para el caso, aunque pese una tonelada...

Un fajo de billetes azules venció la resistencia del espiritista. Colocó la mano sobre la pesada mesa de trabajo y, con voz insegura, conminó al espíritu del Presidente Larrivier para que se manifestara. La mesa crujió, se levantó ligeramente, y Grenelle experimentó la desagradable sensación de que era izado por una ola monstruosa.

El fantasma estaba delante de él, huraño, atroz.

Inmediatamente se alzó una voz clara, la de Flavien Merrick.

—Larrivier —dijo, con un brillo desacostumbrado en los ojos—, Larrivier, me condenó usted a veinte meses de prisión, haciéndose con ello reo del más vil de los delitos de los hombres: la ingratitud. Imbuido de una ciencia que estará siempre muy por encima de la de los mortales, le he sacado a usted del reposo eterno para infligirle veinte meses de infierno. Cumplida su pena, le libero. ¡Recobre para siempre la paz de la tumba!

Grenelle oyó un inmenso clamor de alegría, y el fantasma, tras prosternarse ante Merrick, se fundió lentamente en una ligera bruma que se desvaneció en el aire.

Pocas cosas más quedan por decir.

Flavien Merrick dio la orden de derribar la antigua casa de las afueras para construir en su solar una residencia para los ancianos necesitados de la ciudad. La renta de un capital considerable aseguró su mantenimiento.

Merrick no era malo, en el fondo, como siempre he sostenido.

Maple Dunstable, interesado por encima de todo en el libro mágico Stein, ha tratado inútilmente de ponerse en contacto con Merrick. Pero éste había salido de Francia en dirección a las Indias inglesas. El demonógrafo pudo seguir su rastro hasta Nueva Delhi, pero allí pareció haber desaparecido definitivamente.

Desde entonces, he acabado por hacer mío el *leitmotiv* de Maple Dunstable.

—Sin duda, Flavien Merrick no es hombre capaz de perseverar en el camino abominable que siguió para vengarse de Larrivier... Pero el libro mágico Stein continúa existiendo y, después de Merrick, ¿en qué manos caerá?

LA COL ACIDA

Nada hay más cercano a nosotros que lo desconocido, a pesar de nuestra creencia de que pertenece a las más lejanas orillas.

Atribuido a CARLYLE

Enciclopedia de Brewster.

Del mismo modo que Dickens decía: «Todo a lo Squeers», yo digo «todo a lo Buire» cuando pienso en la extraña aventura que corrí.

Empezó con Buire, y terminó con él.

Le considero un amigo, porque rara vez pierdo una de nuestras largas partidas de ajedrez, porque siempre trata de resultarme agradable invitándome a comer y haciéndome otros pequeños favores, y tal vez también porque existe entre nosotros cierto parecido, a primera vista, desde que Buire lleva un Borsalino de alas muy anchas y fuma en una pipa bull-dog de marca escocesa.

Por otra parte, tenemos gustos comunes. A los dos, por ejemplo, nos encanta la col acida, el vino de las Côtes-Rôties y el tabaco holandés.

Buire procede del Cotentin, una antigua provincia francesa que al parecer proporciona a la orfebrería francesa el mayor número de artesanos; así, Buire trabaja en la firma Wilfer y Broways, unos joyeros muy conocidos.

A primeros de año, sus patronos le obsequiaron con una generosa gratificación y un abono para toda la red ferroviaria; Buire se embolsó el dinero con placer, pero el abono le abrió un cielo de felicidades sin número.

—¿Sabe cómo paso mi día de fiesta semanal? —me dijo, enrojeciendo de dicha.— Me voy a la estación, subo al primer tren que llega, sin preocuparme de su destino, y bajo cuando me apetece. De ese modo, sin gastar apenas un céntimo y sin pérdidas de tiempo, satisfago mi insaciable deseo de lo desconocido.

La idea me parecía acertada, sin ocultar que envidiaba un poco a mi amigo. Cuando era niño, me asaltaba a menudo una fantasía nómada que me hacía andar en línea recta, siempre en línea recta, con la vaga esperanza de alcanzar unos horizontes desconocidos y fabulosos.

—Un día le prestaré mi abono —prometió Buire—. Ningún interventor podrá descubrir la pequeña superchería, ya que nos parecemos como si fuéramos hermanos gemelos.

Cumplió su promesa.

Durante todo el día vacilé en utilizar la tarjeta de abono, y luego, al atardecer, me decidí bruscamente: empezaba a oscurecer y las estaciones estaban mal iluminadas. Escogí un pequeño tren de cercanías y me instalé en un asiento tapizado de sarga azul, bajo la mirada huidiza de una lámpara de petróleo.

En el momento en que el tren silbaba y los frenos liberados chirriaban, un hombre cargado de paquetes se encaramó al estribo. Le tendí una mano para ayudarlo a subir y, una vez delante de mí, de espaldas a la marcha del convoy, me expresó su agradecimiento.

Era un hombre jovial y parlanchín, y recuerdo su discurso:

—Hay una pequeña fiesta en casa de mis vecinos, los Clifoire. Un nombre muy raro, ¿verdad? En mi pueblo llamamos así a los canutos de caña que los chiquillos utilizan para jugar, sea como cerbatana, sea para hacer pompas de jabón, sea para convertirlos en instrumento musical. Pero, clifoires o canutos, son unas excelentes personas que hoy celebran sus bodas de plata. Yo llevo unos pasteles, unas tartas merengadas, en fin, cuatro cosillas. Entre nosotros, temo por los merengues, que me han parecido muy frágiles, pero todo pasará, ya que estaremos entre viejos amigos. Tendremos pastel de langostinos, piernas de carnero, pollo con aceitunas...

Sonreí, y el hombre se me hizo simpático, ya que acababa de citar tres platos que me entusiasman.

—Por mi parte —continuó—, me hubiera contentado con una vulgar y apetitosa col acida, con unas salchichas, unos chicharrones y unas lonjas de tocino doraditas...

Bostecé disimuladamente, y no de aburrimiento, ya que me encanta hablar de temas culinarios, si no de hambre, un hambre bruscamente despertada: la col acida bien condimentada, con sus aliños correspondientes, es mi debilidad.

A continuación establecimos un paralelo entre la col acida que preparan en Alsacia y la que preparan en Alemania. Luego entre la que sirven en las Ardenas, adornada con trocitos de jamón, y la que puede degustarse en Austria, con salchichas a la chipolata.

Entretanto, el tren, que había efectuado ya numerosas paradas, aminoró de nuevo la marcha. Me puse en pie.

—Voy a bajar aquí. He tenido mucho gusto, caballero, y hasta la vista.

Le tendí la mano.

La retuvo unos instantes en la suya, y vi que su mofletudo rostro había palidecido súbitamente.

—¡No es posible! —balbució—. No puede usted bajar..., bajar... aquí.

—Desde luego que sí. ¡Adiós!

Abrí la portezuela y salté al andén.

Hizo un gesto inútil y, si no me equivoco, desesperado, para retenerme.

—¡No puede usted bajar... aquí! —gritó.

El tren volvió a ponerse en marcha; vi el rostro de mi compañero de viaje pegado, contraído por la angustia, al cristal de la portezuela. El tren adquirió velocidad y no tardó en convertirse en una sombra que huía rápidamente.

Me encontraba solo en el andén de una estación espantosamente anónima, de luces macilentas. Una campanilla, oculta en una especie de nicho de madera, dejaba oír sus últimas vibraciones. Eché una mirada distraída a unos locales completamente vacíos y, sin haber visto a ningún empleado que recogiera los billetes, desemboqué en una explanada triste y desierta.

Sin embargo, en aquellos momentos tenía una sola preocupación: la de instalarme ante una mesa de restaurante y pedir un buen plato de col acida; mi amigo del tren, con sus comentarios gastronómicos, había hecho nacer en mí un apetito feroz, del cual yo mismo me asombraba.

Una calle se extendía delante de mí, larga, interminable, toda en sombras, escasamente iluminada por unos reverberos de llama azul.

Hacía frío, un frío humedecido por la niebla; no vi ningún transeúnte, ni la claridad acogedora del escaparate de un comercio, ni siquiera, todo a lo largo de aquella enorme arteria, bordeada de altos y negros edificios, una ventana iluminada.

«Me pregunto dónde estoy», murmuré, lamentando ya la aventura a lo Buire.

Y, de repente, me encontré delante del puerto de salvación: un mesón con la claridad suficiente para entrever unas mesas, unos espejos y un mostrador apetitosamente adornado.

En el interior no había nadie, pero el taburete era ancho y estaba acolchado con un cálido terciopelo rojo, y encima del mostrador llameaba un doble arco iris de botellas.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Me pareció que mi voz llegaba lejos, fabulosamente lejos, hasta alcanzar unas remotas profundidades.

—¿Qué desea el caballero?

¡Extraño camarero! No le había visto, ni oído llegar, y se había erguido delante de mi mesa, como surgido de una trampa.

Tenía un curioso rostro desmaquillado de payaso, muy pálido, de labios muy delgados y ojos atrincherados detrás de la barricada de unas bolsas grasientas.

—Un buen plato de col acida, si es que pueden preparármela.

—¡Desde luego, caballero!

No vi marchar ni regresar al camarero, o al menos no recuerdo haberlo visto, pero el plato de col acida apareció sobre la mesa, enorme, espléndido, adornado con unos crujientes chicharrones, unas salchichas doradas y unas sonrosadas lonchas de jamón.

Súbitamente, antes de que hubiera acercado mi tenedor al plato, se elevó de él una alta llama azul.

—Siempre servimos la col acida soflamada. Especialidad de la casa —dijo una voz.

No volví a ver al camarero, pero exclamé, alegremente:

—¡No importa, así sabrá mejor!

Y añadí, pero mentalmente:

«Col acida soflamada... Una receta original: tengo que contárselo a Buire.»

Sin embargo, no llegué a comerla... Un calor terrible, formidable, se desprendía del pálido brasero, y me vi obligado a echar mi asiento hacia atrás. Llamé al camarero; no se presentó.

Abandoné la mesa y, avanzando por delante del mostrador, empujé una puerta que debía abrirse a un salón posterior.

Allí se inició la cadena de acontecimientos extraordinarios de aquella velada.

El salón se encontraba allí, en efecto, pero completamente vacío y desnudo, como la habitación de una casa recién construida o concienzudamente vaciada por el servicio de mudanzas.

Encendí mi linterna y decidí llevar un poco más lejos mi exploración. Pues bien, deambulé, un tiempo relativamente largo, por una casa vacía, desierta, deshabitada, sin rastro de muebles e incluso de antiguas presencias.

De mi origen anglosajón conservo cierta dosis de humor, esa alegría interior en frío que se exterioriza mal, pero que sirve admirablemente en las circunstancias más difíciles.

«De todos modos, voy a comerme la col acida —me dije—, y con muchas posibilidades de no pagarla.»

Ya que, a pesar de aquel misterio del vacío y del silencio, mi apetito no se había aplacado; por el contrario, no hacía más que soñar salchichas, lonjas de jamón, chuletas... Regresé a la sala del restaurante.

Hacía en ella un calor tórrido y no pude acercarme a mi mesa. La llama ascendía ahora a una altura descomunal; veía las magníficas salchichas, los chicharrones, el jamón y la col a través de un leve velo azulado, pero ardiente como el mismo infierno.

«¡Si no puedo comer, beberé!», decidí, cogiendo una botella que contenía un licor color granate.

Pesaba mucho, y estaba sólidamente taponada y capsulada.

Enfurecido, golpeé el gollete contra el mármol del mostrador. La botella estalló en pedazos: ¡era de vidrio macizo! Y lo mismo sucedía con las otras: las amarillas, las transparentes, las verdes, las azules...

Entonces, el miedo invadió mi alma, y huí...

Huí a través de una ciudad horrible, negra, vacía, silenciosa por encima de toda comparación.

Tiré del cordón de unas campanillas, pulsé unos timbres eléctricos...

Ningún sonido respondió a mis llamadas.

Había perdido mi encendedor y no llevaba fósforos; trepé hasta uno de los altos reverberos de llamas azules: esparcían un calor atroz; pero no pude encender en ellas mi cigarrillo. Luché con unos postigos y unas puertas ferozmente obstinados. Por fin, una de las puertas, sin duda más frágil, cedió.

¿Sabéis lo que había detrás?

Una pared enorme, negra, maciza como la roca.

Luego encontré otra, y otra más: me encontraba prisionero de una ciudad compuesta exclusivamente de fachadas, sin más vida que la de las llamas azules, espantosamente ardientes y, sin embargo, incapaces de hacer arder un cigarrillo.

De pronto, volví a encontrarme en la larga calle de la estación y vi de nuevo el restaurante.

No era más que un vasto brasero de fuego lunar: la llama de la col acida «soflamada» lo estaba consumiendo. Atravesé corriendo un horno inmóvil, perseguido a lo largo de mi loca carrera por un aliento centuplicado de forja furiosa. Y volví a ver la estación.

La campanilla tintineó: un tren acababa de detenerse a lo largo del andén. Me dejé caer, agotado, sobre el asiento de un oscuro vagón.

Sólo al cabo de mucho tiempo, una hora, quizá, vi que el vagón estaba ocupado por otros pasajeros. Dormían. Bajaron conmigo en la estación, donde el portero se limitó a echar una distraída mirada a la tarjeta de abono de Buire.

Al día siguiente, cuando Buire vino a reclamar su abono, no le dije ni palabra de la aventura, pues yo mismo me acusaba de haber sido víctima de una alucinación.

Pero, al sacar la tarjeta de mi bolsillo, cayó de él un trozo de cristal rojo; era un fragmento de la famosa botella.

Buire lo recogió.

Vi que su rostro se contraía de un modo muy raro.

—¡Asombroso! —exclamó, haciendo girar el trozo de cristal entre sus dedos.

—¿Qué pasa?

Me miró largamente, con los ojos muy abiertos, el labio inferior colgante, viva imagen del aturdimiento más absoluto.

—¿Puedo llevarme esto? —balbució—. ¡Oh! No tema, se lo devolveré intacto. Pero... Pero... Me gustaría...

—Bueno, lléveselo —respondí con indiferencia.

Volvió a traérmelo aquella misma noche. Estaba muy nervioso.

—Se lo he enseñado a Wilfer y a Broways... Son unas personas..., ejem..., muy discretas. Les he dicho que su padre de usted había pasado varios años en la India...

—Y no ha mentado —dije, riendo—. Estuvo allí, y, según contaba él mismo, fue un famoso salteador de caminos.

—Tanto mejor —dijo Buire, súbitamente tranquilizado. Bien, volvamos a nuestro negocio.

—¡Oh! ¿Tenemos algún negocio en perspectiva?

—¡Eso espero! —exclamó Buire—. Wilfer y Broways dicen que será muy difícil venderlo. No han visto nunca nada parecido, y lo que más les intriga es la extraña forma irregular. No importa, habrá que cortarlo en cuatro, tal vez en seis, y eso disminuirá mucho su valor. En resumen, Wilfer y Broways le ofrecen un millón por su rubí.

—¡Ah! —exclamé, y guardé un largo silencio.

Buire estaba cada vez más nervioso.

—Buenos, vamos a jugar limpio: le ofrecen a usted dos millones, pero no trate de sacar más, porque ello significaría reducir demasiado mi comisión, que no será muy grande si le dan los dos millones.

Al ver que yo continuaba callado, añadió:

—Y, sobre todo, no lo olvide: nadie le hará preguntas...

Un par de horas más tarde me trajo un voluminoso paquete: dos mil billetes de los grandes.

Si hubiera roto la blanca garrafa de kummel, hubiese tenido un diamante digno de los tesoros de Golconda que ofrecer a Wilfer y Broways; y de haber preferido las

botellas de chartreuse o de peppermint, me hubiese llevado una esmeralda de un tamaño que ni siquiera Pizarro conoció.

Pero, basta, ya no pienso en ello.

Pienso en la col acida y me duele en el alma no haberla probado.

Vuelvo a verla sin cesar delante de mis ojos; me acosa de día y de noche.

Inútilmente pido a los cocineros más famosos unos platos gigantescos donde se amontonan las viandas más exquisitas.

Al primer bocado, todo me sabe a ceniza y a polvo y, con un gesto decepcionado, suelto el tenedor.

He implorado los platos de col acida más fastuosos de Estrasburgo, de Luxemburgo, de Viena... ¡Puah! Me he marchado, lleno de náuseas, gritando mi disgusto y mi desesperación.

Y he dejado de relacionarme con Buire. Ya no es mi amigo.

M. WOHLMUTH Y FRANZ BENSCHNEIDER

...Un gesto irrazonado, una idea demasiado nueva, os dejan a merced de los invisibles...

WICKSTEAD (El libro Mágico)

El caso del profesor Wohlmuth, que desapareció en uno de esos misteriosos y terribles mundos intercalares, como los llama Seiffert, no puede someterse a control ni pruebas de ninguna clase, naturalmente. De modo que este relato está basado exclusivamente en los testimonios personales de Franz Benschneider, del rector Lob y de Frau Monchmeier, la patrona del profesor.

Franz Benschneider vive aún, casi nonagenario, en la provincia de Mirow; su memoria continúa siendo buena, y no se niega a las confidencias; sea dicho esto a la intención de los que confían más en sus propias investigaciones que en la palabra escrita.

En el año 1889, el día de San Ambrosio, «post meridiem», para utilizar el lenguaje del profesor Wohlmuth, el cual enseñaba el latín y el griego a los alumnos de Instituto de Segunda Enseñanza de Holzmüde, aquel docto varón trataba, bastante inútilmente, sin duda, de interesar a una treintena de alumnos de catorce a quince años en los Comentarios de César, aludiendo de paso a Suetonio y a Cicerón.

Una nieve fina y dura, mezclada con granizo, repiqueteaba contra los cristales, y las ráfagas de viento hacían roncar a intervalos la gran estufa de la clase. Los escolares estaban visiblemente distraídos, y el profesor notó que uno de ellos, Karl Benschneider, casi el peor de los alumnos, miraba con atención un objeto disimulado detrás de la espalda de Michel Stroh, que ocupaba el pupitre anterior al suyo.

—¡Benschneider, traiga eso ahora mismo! —ordenó M. Wohlmuth.

Se oyeron unas risas cuando Karl, enrojecido y furioso, se puso en pie y entregó al maestro una botella de gran tamaño, panzuda, de una forma poco corriente.

—¿Qué es eso? —preguntó M. Wohlmuth.

El muchacho se encogió de hombros.

—La he encontrado en el puesto de un vendedor judío, cuando ya se había marchado del mercado —respondió.

M. Wohlmuth no se sorprendió demasiado: los judíos polacos que frecuentaban los mercados de Holzmüde, espantosos individuos llenos de mugre y de roña, ponían a menudo a la venta los objetos más desconcertantes.

No sin desconfianza, colocó la botella en un rincón de su pupitre y dijo secamente:

—¡Queda confiscada! Vuelva a su asiento.

Karl obedeció tras haber lanzado una rencorosa mirada al profesor.

—Vaya jaleo que armará mi padre cuando le diga que la botella estaba llena de aguardiente —murmuró.

Poco después sonaron las cuatro, devolviendo la libertad a la juventud escolar.

M. Wohlmuth, intrigado a pesar suyo por la extraña forma de la botella, se la llevó a su casa.

El profesor estaba de huésped en casa de Frau Monchmeier, en el ángulo que formaban el Lindenbam y la Salzgasse, y como al llegar allí encontró un buen fuego en el hogar y el café servido con unos apetitosos pastelillos de queso de Tilsitt, olvidó el hallazgo de Karl.

La velada se anunciaba excelente, ya que en la estancia, llena de grabados, de mapas y de libros hacía calor, y afuera soplaban un áspero viento de diciembre.

M. Wohlmuth encendió su hermosa pipa de Baviera y abrió al azar las Bucólicas de Virgilio, uno de sus libros favoritos. *Pastores edera crescentem ornate poetam...*

Un violento campanillazo interrumpió su poética lectura y, un instante después, la voz de bajo de Frau Monchmeier se alzó en el vestíbulo.

—¡Claro que está en casa el señor profesor! ¿Cree que se dedica a recorrer las tabernas como usted, asqueroso borracho? ¿Qué quiere usted de él? Y, ¿de veras supone que voy a permitirle ensuciar mi casa? ¡Fuera de aquí, si no quiere...!

M. Wohlmuth creyó llegado el momento de intervenir, ya que sospechaba la identidad del visitante.

—¡Déjele subir, Frau Monchmeier! —gritó desde lo alto de la escalera.

La patrona obedeció, gruñendo, y Benschneider padre hizo una entrada bastante lastimosa en el gabinete de trabajo del profesor.

Retorcía su gorro de piel de conejo entre sus dedos y contemplaba con aire aturdido todo aquel testimonio de ciencia y de saber que le rodeaba.

—Señor profesor..., he venido a verle..., ya sabe usted... Karl...

—¡Ah, sí, la botella! —dijo M. Wohlmuth, sonriendo—. Haga el favor de sentarse, señor Benschneider.

Fue en busca del objeto en cuestión y lo dejó sobre la mesa.

—Pienso entregársela mañana al señor rector —dijo—, y lo hubiera hecho hoy mismo de no haber estado ausente.

—¡Hum! —dijo Franz Benschneider, balanceándose torpemente sobre su silla—. Sin duda, sin duda... El estúpido de Karl no debió llevarla a clase... Cuando me ha contado el asunto, le he soltado una bofetada de las que no se olvidan en mucho tiempo, puedo asegurárselo. Pero...

Miró la botella colocada sobre la mesa, suspiró y, reuniendo todo su valor, exclamó en tono vehemente:

—¿Qué va a pasar, señor profesor? ¡Pues que M. Lob, el rector, se la beberá él solo, y ni usted ni yo probaremos una gota!

Su mofletado rostro expresaba una desesperación tan cómica, que M. Wohlmuth se echó a reír.

—Eso está mejor —dijo Benschneider, mucho más tranquilo—. Esos judíos polacos, a los que Dios confunda por su rapacidad y su truhanería, tienen a veces cosas buenas. Recuerdo cierto garrafón de aguardiente de Danzig... Bueno, ¿la vaciamos entre los dos, señor profesor? A juzgar por la botella, el licor tiene que ser añejo y, en consecuencia, muy bueno.

M. Wohlmuth era un hombre sobrio, pero no detestaba un vasito de buen licor; de

modo que su vacilación fue puramente formal.

—Desde el punto de vista del derecho, el encontrar un objeto perdido no nos convierte en propietarios de él, sin que haya transcurrido cierto plazo previsto por las leyes. Por otra parte, los reglamentos de los mercados de Holzmüde no permiten a los vendedores judíos abandonar sin vigilancia mercancías en la vía pública, para evitar reclamaciones y procesos por parte de esos individuos de mala fe. Digamos, pues, con los romanos, señor Benschneider: *beatus possessor...*

—Si eso significa que tenemos derecho a vaciar esa botella, sus romanos tienen razón mil veces y son personas con sentido común —opinó Benschneider padre, completamente tranquilizado al ver que el profesor colocaba dos grandes vasos y un sacacorchos sobre la mesa.

M. Wohlmuth tuvo que sacar primero una cápsula de cera negra muy dura, y luego la emprendió con el tapón.

—Curiosa materia —murmuró, cuando el tapón subió lentamente a lo largo de las espirales de acero—. No es corcho, desde luego. Parece una especie de sustancia plástica.

—¡No importa! —exclamó Benschneider, tendiendo su vaso—. ¡Oh! ¡Huele estupendamente! Es aguardiente añejo, aromado con hierbas.

Un licor espeso, de color verde dorado, caía en los vasos con un glu-glu esperanzador.

—¡A su salud! —dijo Benschneider, ansioso por saborear la mirífica bebida—. ¡Caramba!

Si M. Wohlmuth le hubiese mirado en aquel momento, probablemente no hubiera probado el misterioso elixir, pero estaba contemplando atentamente el líquido esmeralda y, bruscamente, picando también en el anzuelo del espirituoso aroma, bebió un generoso sorbo.

—¡Caramba! ¡Eh! ¡Eh!

Los ojos de Benschneider rodaban en sus órbitas y su boca se abría y se cerraba como la de una carpa recién sacada del agua; en cuanto al profesor, se creyó repentinamente sobre el puente de un barco luchando contra un imponente oleaje.

Los dos debieron de pasar por una fase de relativa inconsciencia antes de recobrar la lucidez, y Benschneider fue el primero en hablar.

—¡Al diablo! —exclamó—. ¿Qué significa esto? ¿Dónde estamos?

He aquí lo que M. Wohlmuth le contó más tarde al rector Lob, cuando le pidió prestados los aparatos de física y de química que sirvieron para su descabellado experimento:

—El decorado familiar de mi habitación había desaparecido por completo para dar paso a una especie de extensión vercosa, muy confusa de momento, pero que más tarde fue aclarándose.

»Franz Benschneider estaba sentado a unos pies de distancia enfrente de mí, pero del modo más raro que pueda imaginarse: estaba sentado en el aire.

»No tardé en enterarme por él de que me veía bajo un aspecto igualmente sorprendente. También yo, según él, estaba sentado en el aire.

»Sin embargo, notaba perfectamente el sillón debajo de mí, el suelo y la alfombra bajo mis pies. Mis manos seguían los contornos de mi asiento, e incluso los de la mesa.

«Benschneider, al cual veía muy bien, y cuya forma se perfilaba sobre un fondo vaporoso de verde y de oro pálido, estaba visiblemente asustado y hablaba de brujería. Inmediatamente traté de tranquilizarle.

»—Señor Benschneider —le dije—, creo que no hay motivo de alarma. Esto es una especie de alucinación debida a un licor muy fuerte y al cual ha sido mezclada, sin duda, alguna sustancia tóxica, parecida al haschich y al opio, pero que actúa con mucha más rapidez. Supongo que sus efectos no tardarán en disiparse, pues no siento el menor malestar.

»—Ni yo —dijo Benschneider—, pero eso no impide que la cosa resulte de lo más raro. En este momento estoy viendo unas montañas y algo que parece un lago. Pero, ¿dónde estamos?

»—¿Dónde vamos a estar, sino en mi habitación? —repliqué tranquilamente—. Si extiende la mano, puedo tocar el libro que estaba leyendo cuando llegó usted. Incluso puedo volver sus páginas... ¡Vaya! Acabo de encontrar mi pipa.

»En efecto, acababa de cogerla e, instintivamente, por invisible que fuera, la acerqué a mi boca.

«Estuve a punto de clavarme la boquilla en un ojo, pero, tras haberla conducido por el buen camino, traté inútilmente de fumar.

»Es decir, percibí el sabor del tabaco, pero no vi elevarse el humo, ni escapar de mi boca. Poco a poco, el decorado, que continuaba creyendo imaginario, fue concretándose a mi alrededor.

«Ocupábamos, mi compañero y yo, el centro de un pequeño roquedal.

«Delante de mí se extendía un tupido bosque de maleza verde salpicada de claridades doradas; detrás, y a los lados, se alzaba un inmenso acantilado de una altura de vértigo y de una negrura espantosa. A lo lejos, hacia el horizonte, veíase una gran extensión de agua sombría sin movimiento ni remolinos.

»Le pregunté a Benschneider qué veía, y me repitió palabra por palabra la misma descripción.

»El paisaje le interesaba muy poco, al parecer: lo que más le afectaba era el hecho de que él y yo estuviéramos sentados en el aire, al menos aparentemente. El convencimiento de que no habíamos salido de mi habitación se robusteció en mí cuando oí todos los ruidos e incluso los olores habituales de la casa.

»Así, oí en la planta baja la caja de música de Frau Monchmeier desgranando con notas claras e ingenuas el *Abe mein lieber Augustin*, seguido inmediatamente por el Vals de las Rosas; luego me llegó el rumor de una discusión entre mi patrona y la criada; ésta gritó:

»—Si no pone usted un poco más de aceite en las patatas, van a quemarse...

»Unos instantes después, un desagradable olor a guiso quemado me cosquilleó las fosas nasales.

»—Supongo... —empecé a decir, pero me di cuenta de que Benschneider no me

escuchaba: parecía observar, con una atención alarmada, algo situado a mi espalda.

»—¿Qué ve usted ahí? —le pregunté.

»Sacudió la cabeza y respiró con cierta dificultad.

»—Detrás de usted, lo que al principio parecían rocas son ahora unos agujeros... como unas grandes ventanas...

»Me volví.

»Benschneider decía la verdad.

»Vi perfectamente las ventanas e incluso sus barrotes en forma de roncones; y, detrás de ellos, unas siluetas poco visibles.

»—¡Parecen caras! —aulló Benschneider.

»En aquel momento debía de pasar un trineo por la calle, ya que oí el repiqueteo de unos cascabeles y el chasquido de un látigo; en la cocina, la criada cantaba a grito pelado.

»—¡Quiero marcharme! —gritó Benschneider, haciendo unos molinetes con los brazos que barrieron el espacio delante de él.

«Inmediatamente se oyó un ruido de cristales rotos. Me volví hacia Benschneider y, al hacerlo, mis miradas, apartándose del acantilado, se deslizaron a lo largo de la lejana orilla del lago silencioso. Una forma inmensa, todavía imprecisa, avanzaba reptando brusca y torpemente. A pesar de que resultaba aún indefinible, intuí su monstruosidad, su fealdad, antes de verlas.

»—¡Unas caras! —aulló Benschneider, tapándose los ojos—. ¡Unas caras y unas manos!

«Encima de nuestras cabezas, algo se agitaba, se abatía sobre nosotros... Y, de repente, vi mi Virgilio sobre la mesa, mi pipa, a Benschneider lívido y tembloroso sentado en su silla, y la famosa botella hecha pedazos sobre la alfombra.

A M. Wohlmuth no le resultó difícil hacer aceptar a Benschneider su primera opinión: habían sido víctimas de una extraña alucinación, y nada más. Desde luego, el viejo Franz lamentó el licor que se había perdido, aunque confesó que vacilaría en volver a beberlo, si se presentara la ocasión.

—Las caras eran demasiado espantosas —declaró.

Pero el rector Lob, a quien el profesor de latín contó la singular aventura, opinó de un modo distinto.

—Desde hace algún tiempo —dijo—, se habla a menudo de espacios intercalares, de una nueva dimensión. Lástima que no me encontrara allí en lugar de ese imbécil de Benschneider... Entre los dos, hubiésemos podido hacer unas observaciones provechosas para esta nueva teoría científica.

Wohlmuth había conservado los trozos de vidrio de la botella, el tapón y la alfombra sobre la cual se había evaporado el misterioso licor y que retenía aún su extraño y sutil aroma.

Y entonces se le ocurrió al profesor Wohlmuth la abracadabrante idea de efectuar unos experimentos químicos con aquellos restos. Lob le prestó de buen grado los aparatos pertenecientes al laboratorio del Instituto, y el latinista puso manos a la obra.

Hay que señalar que estaba lejos de ser un profano en la materia; antes de decidirse por la filología clásica, había estudiado ciencias naturales en la Universidad de Bonn.

Sus primeras observaciones con los restos de la botella le revelaron que el cristal, sin diferenciarse apenas del cristal corriente, polarizaba la luz de un modo inesperado.

En cambio, la sustancia plástica de que estaba hecho el tapón resultó completamente desconocida: resistía a los ácidos; pero, tratada un día con el licor de Nordhausen, ligeramente diluido, perdió su impasibilidad, se desintegró un poco y formó un depósito cristalino de un hermoso color verde claro.

Examinados al microscopio, aquellos cristales, diminutos y romboides, se comportaban de un modo muy raro; parecían animados de un movimiento desordenado que el rector Lob, consultado, calificó de «movimiento browniano gigante».

Lo único que sabemos acerca de la continuación de los experimentos de M. Wohlmuth es que trató unos trozos de la alfombra con una disolución de metales preciosos.

Y entonces fue cuando los acontecimientos se precipitaron.

La noche de la Candelaria, Frau Monchmeier hacía saltar unos buñuelos en el aceite de la sartén cuando oyó unos gritos procedentes del gabinete de trabajo de M. Wohlmuth, y luego un aullido espantoso que no tenía nada de humano.

Frau Monchmeier era una mujer aguerrida: empuñó una barra de hierro y subió las escaleras de cuatro en cuatro.

El gabinete de trabajo del profesor estaba vacío, pero en el suelo veíanse los pedazos de varios frascos y de una serie de probetas, que despedían una especie de vapor verde.

M. Wohlmuth no se encontraba allí, a pesar de que su pipa, encima de la mesa, dejaba escapar todavía una tenue nubécula de humo.

De repente, Frau Monchmeier tuvo la impresión de que a su lado había alguien. Se volvió.

La pared, enfrente de ella, estaba ocupada por una especie de bruma lechosa de la cual emergía un rostro.

Pero, ¡qué rostro! Sólo el infierno hubiera podido reunir, en una sola visión, tanto horror, tanta ferocidad y tanta rabia.

Frau Monchmeier golpeó y la monstruosidad desapareció.

El rector Lob ha conservado la barra de hierro que sirvió de arma a la valerosa fémina: está completamente torcida, hecha un tirabuzón.

M. Wohlmuth no volvió a aparecer.

En el curso de la encuesta que siguió, los magistrados y sus ayudantes, que examinaron el gabinete del profesor, sufrieron en diversas ocasiones unas violentas náuseas, acompañadas de una violenta postración. A excepción del doctor Bund, en quien los médicos descubrieron rastros de quemaduras y que se vio afectado por una ceguera parcial, todos se repusieron con bastante rapidez.

Por consejo del rector Lob, la magistratura de Holzmüde decidió mantener el caso en secreto, en la medida de lo posible.

Pero Franz Benschneider adquirió la costumbre de provocar de palabra y de obra a los vendedores judíos, y tras haberse despachado a su gusto con uno de ellos se emborrachaba.

Y cuando Benschneider había bebido, le resultaba difícil sujetarse la lengua: de no ser por eso, esta historia no hubiera sido contada nunca.

LA NOCHE DE PENTONVILLE

Las autoridades han procurado ocultar las circunstancias misteriosas en las cuales han muerto algunos jueces y verdugos.

Sin embargo, conocemos los nombres de varios jueces que habían pronunciado sentencias de muerte y cuyo final se vio acompañado por espantosas visiones.

CATHERINE CROWE

(The Night-Side of Nature)

Rock Smitherson consultó su reloj en la esquina del Westbourne Road y la Barbarastreet y comprobó con alegría que le quedaba media hora de libertad antes de volver al trabajo.

La roja ventana de un bar brillaba en la noche lluviosa: Smitherson dirigió una mirada recelosa a su alrededor, ya que los reglamentos le prohibían frecuentar las tabernas situadas en las inmediaciones del lugar donde le esperaba la tarea cotidiana.

—¿Un *dog-nose*? —sugirió el tabernero, hombre mofletudo y de bigotes caídos—. En una noche como ésta, es lo más indicado.

—Un *dog-nose* —aceptó Smitherson.

El tabernero dosificó cuidadosamente la ginebra, el azúcar y el agua caliente.

—Entonces, ¿va a ser mañana?

—A las ocho. A las ocho y diez se pondrá el cartel: ganamos más de diez minutos a los de Newgate.

—¿Hilary Channing? —preguntó el tabernero, sirviéndose a sí mismo un vaso de ginebra.

—Ése es su nombre, en efecto... Bueno, Cuffy, lléneme la botellita con su droga. Va contra el reglamento, pero todo el mundo hace lo mismo. Impresiona mucho verlos morir tan jóvenes.

—¿Veinte, veintiuno, veintidós años? —inquirió Cuffy.

—Veintiún años, exactamente. La edad de uno de mis chicos... Esto hace la cosa más lamentable, ¿comprende? Y, además, no tiene aspecto de mala persona. Rubio como el trigo maduro y unos ojos de muchacha. ¿No es una pena?

Cuffy asintió en silencio, inclinando lentamente la cabeza.

—Y pensar que su crimen le produjo en total una libra y dos chelines, aparte de un pequeño reloj de señora que empeñó por media corona... ¡Miseria!

—Una vieja tendera de tres al cuarto, que antes de fin de año hubiese muerto, hasta tal punto estaba minada por la tisis, según han dicho los periódicos —añadió Cuffy.

—Y dicen que la nuestra es una «Cárcel Modelo» —gruñó Smitherson, siguiendo el hilo de una idea interior—. Si fuera así, dejarían a Jack Ketch afuera, para que hiciera sus nudos en otra parte. ¡Modelo! La cal y el fenol que se gastan en ella por toneladas

no le impide ser sucia y negra como las demás. ¡Puah!

Rock Smitherson, primer guardián adjunto de la cárcel modelo de Pentonville, no detestaba su oficio más de lo que lo aborrecían sus colegas, pero en las vísperas terribles de las ejecuciones capitales, se sublevaba a la idea de ver morir a un ser humano encadenado, al que nadie vendría a socorrer en su última aflicción, incluso si el desdichado condenado a una vida vergonzosa era un maleante que había dado cuenta de una vida ajena.

—El Señor ha dicho: ¡No matarás! —concluyó el guardián, mucho más sensible después de haberse tomado un tercero y último grog.

Cruzó a buen paso la Bond Street, ya que la media hora de gracia había transcurrido con creces.

Al fondo de la calle, donde empieza a ensancharse el Romand Road, la inmensa muralla de la prisión se erguía al cielo, salpicada apenas por las lucecitas de los puestos de vigilancia.

—¡Oh! Perdone, señor, no le había visto llegar —se disculpó Smitherson.

Había estado a punto de tropezar con un hombre que llevaba una capa oscura y un gran sombrero Bolívar y que se había erguido súbitamente delante de él. El transeúnte pasó por su lado sin decir nada, pero, al hacerlo, penetró en la zona iluminada por uno de los faroles que alumbraban la avenida.

Rock vio un rostro delgado y pálido y unos ojos grandes y sombríos.

—¡Diablo! —gruñó—. ¡Vaya rostro poco atractivo!

Volvió la cabeza y siguió con la mirada a la alta silueta que se hundía rápidamente en la oscuridad.

—¡Hum! —murmuró—. Tengo la impresión de que conozco esa cara, aunque en menos feo...

Se acercó a la puerta de los guardianes y pulsó un timbre.

La sombra de una cabeza se enmarcó en el enrejado de una mirilla cuadrada.

—Primer guardián Smitherson... ¡Voy a abrir!

Las llaves tintinearón largamente, y los clics de las cerraduras martillearon la dura madera de la puerta.

—Buenas noches, Clevens... Tres minutos de adelanto, por lo que veo. Es más que suficiente.

Smitherson accionó la palanca del reloj-testigo, pinchó una ficha y suspiró de alivio: la dirección no admitía un solo minuto de retraso.

—Oiga, Smitherson...

Clevens vacilaba visiblemente; era un hombre de cabellos grises, de aspecto suave y tímido, a pesar de la oscura severidad del uniforme.

—¿Qué pasa, Clevens?

—¿No ha visto usted por casualidad..., ejem..., a un bromista que se ha divertido tocando el timbre y riéndose en mis narices cuando he abierto la mirilla?

—No he visto a nadie —respondió Smitherson—. La calle estaba vacía. Por otra parte, a esta hora no suele pasar nadie. Espere... Cerca del primer farol, he estado a punto de tropezar con un individuo que no era lo que se dice muy cortés...

—¿Con un gran sombrero negro?

—El mismo.

Clevens continuaba vacilando. Se rascó la barbilla con aire de indecisión.

—Me ha dicho algo así: «La cosa será mañana, ¿no es cierto, carnicero de hombres?» He cerrado bruscamente la mirilla, pero he oído que el hombre gritaba: «A las ocho, ¿eh? ¡Claro, lo mismo que a mí!»

—¡Por todos los santos! —exclamó Smitherson—. ¿Ha dicho eso?

—Y..., y... ¿no tiene usted la impresión de haberle reconocido?

—No —dijo Smitherson—. Aunque, pensándolo bien...

Maquinalmente, repitió el gesto de su compañero, rascándose la barbilla.

—En efecto, su rostro no me era desconocido. Me recuerda a alguien...

—... que ha pasado por aquí, ¿no es cierto? ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de encontrarme en vísperas de mi jubilación! Dentro de tres meses, regresaré a los Midlands. Porque *ellos vuelven*, Rock Smitherson...

—Clevens —dijo el otro, con voz casi implorante—, si la dirección se entera de que dice usted semejante cosa...

El anciano se rió sin la menor alegría.

—La dirección me tiene sin cuidado; dentro de tres meses, me despediré de ella con mi carnet de pensionista en la mano. ¡Vuelven, Smitherson, todos, *todos*! Hace cuarenta años que llevo este uniforme. Me lo endosé a los veintidós años, en la prisión de Hull. He pasado por Liverpool, luego vine a Londres y he conocido Newgate, Reading y, finalmente, al término de mi carrera, la cárcel modelo de Pentonville. Sé lo que me digo, y los otros lo saben igual que yo, pero no se atreven a decirlo, porque la dirección no lo toleraría. Vamos, Smitherson, usted llevará pronto treinta años de servicio. No es usted un principiante... Pues bien, ¿se atrevería a negarlo? ¿Vuelven, o no vuelven?

—¡Oh, Clevens! —gimió el primer guardián—. ¿Por qué dice usted eso? Aquí nadie habla de ello... Todo el mundo se calla, incluso los que saben o creen saber.

El anciano, como si no le hubiese oído, tendió su dedo seco y arrugado hacia la mirilla.

—Conozco a ese individuo —dijo—. Estuve de guardia en su celda. Sí, sí, la celda 8 A que usted ocupará esta noche al lado de Hilary Channing.

—¡Basta! —gritó Smitherson, con una voz que quería ser firme.

—Hace siete años..., tal vez ocho —continuó Clevens, implacable—. ¿Acaso se tiene una noción real del tiempo en este lugar donde sólo resuenan las horas del dolor, de la angustia y de la muerte? Siete años, tal vez ocho, no importa. No conozco su nombre, y dudo incluso de haberlo conocido. ¡Se parecen tanto los que mueren al amanecer, con el capuchón negro sobre los ojos! Sin embargo, aquél se distinguía de los otros. Todo en él era inmenso: su estatura, su rostro, sus ojos..., especialmente sus ojos.

Rock estaba vencido. Le repugnaba hablar de cosas que, por un tácito acuerdo, todos pasaban en silencio; pero hoy, al darle bruscamente la razón a su anciano compañero, le pareció librar a sus hombros de un fardo demasiado pesado.

—Es cierto —dijo—, todos vuelven, y he reconocido a ese individuo entre todos.

—Un muchacho instruido —dijo Clevens—. Aquí asombraba a todo el mundo con su saber.

—Se llamaba Brown, o se hacía llamar así —dijo a su vez Smitherson—, ya que era un nombre falso, y nunca se consiguió descubrir su verdadera identidad.

—¿Recuerda lo que le dijo al pastor Parmington, que le asistió durante sus últimas semanas? Cuando iban a ajusticiarle, le dijo: «¿Y cree usted que ahora todo ha terminado?»

—Y se echó a reír —añadió sombríamente Rock—, con una risa formidable que hizo resonar el pasillo que recorría antes de llegar al patíbulo...

—¡Ha vuelto! —murmuró Clevens—. Vuelve todas las noches que preceden a una ejecución. Diríase que ha recibido el encargo de unos terribles amos para venir a *buscarlos*...

—¡Basta! —gritó Smitherson—. Basta ya, Clevens: diríase que las personas y las cosas se complacen en destrozarle los nervios a uno cuando llega una noche de éstas...

Consultó el tablero de servicio y lanzó un suspiro de alivio.

—Veo que el guardián Soames me releva en la 8 A a las dos; de modo que no tendré que despertarle, diciéndole: «¡Valor, amigo!»

Smitherson encontró a Channing profundamente dormido, respirando fácilmente, con una vaga sonrisa sobre sus labios entreabiertos.

—Veintiún años —murmuró—, con toda una vida por delante... Y, dentro de unas horas, le cubrirán con unas paletadas de cal viva... ¡Dios mío!

Channing murmuró unas palabras inaudibles, en sueños, y luego sonrió.

—Y el Señor sabe qué hermosas cosas puede soñar todavía —soliloquió Smitherson.

No pudo dormir en el sillón que la dirección colocaba en la celda del condenado en aquellas horas trágicas, y notó que un enorme peso se desprendía de su corazón cuando Soames vino a relevarle.

Andando lentamente, se dirigió a la prevención, donde esperaba descansar un poco.

Al empujar la puerta de aquella habitación no pudo reprimir un gesto de fastidio.

Un hombre robusto y de aire jovial estaba sentado delante de una enorme taza de té humeante y le saludó cordialmente.

—¡Hola, Smitherson! ¿Una partidita de cartas? —propuso, tendiéndole una mano muy grande y muy velluda.

Smitherson la estrechó pero, discretamente, sin que el otro se diera cuenta, restregó su propia mano contra su guerrera.

—Ha venido usted con mucha anticipación, Duck —dijo.

El hombre soltó una risotada.

—La última vez estuve a punto de llegar con retraso y la bronca fue fenomenal. Por eso, ¿comprende?

No era la primera vez que Duck, el verdugo de Pentonville, jugaba con él a las cartas, pero aquella noche Rock encontraba repulsiva la presencia del servidor de la muerte infamante: pensaba en el rostro sonrosado de Hilary Channing, en su blanco cuello de muchacha y, no sin disgusto, veía las manos simiescas de Duck, palpar concienzudamente las cartas antes de extenderlas sobre la mesa.

Las partidas se desarrollaban en silencio, ya que Duck era un jugador atento y no le gustaba perder. Cosa que no ocurría, por otra parte, puesto que tenía junto a él, sobre la mesa, un pequeño montón de peniques.

Súbitamente, Smitherson formuló una pregunta, y mucho más tarde debía preguntarse por qué lo hizo.

—Duck, ¿se acuerda usted de Brown?

La frente del verdugo se contrajo en su esfuerzo por recordar.

—¿Brown? Bueno, hay tanta gente que se llama así... Conozco a un mozo de taberna... Pero, no, supongo que se refiere usted a un antiguo cliente... Veamos.

Dejó las cartas sobre la mesa y, de repente, golpeó reciamente una de sus rodillas con la palma de la mano.

—¿Brown? ¡Claro que me acuerdo! Fue mi primer cliente en Pentonville. Yo venía entonces de Liverpool. Un tipo muy alto... Le había olvidado por completo. Como a todos ellos, por otra parte. ¡Estaría arreglado si tuviera que recordar todas sus fisonomías! ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada —respondió Smitherson, cuyos labios temblaban un poco—. No sabía exactamente si era el primer condenado que ajustició usted aquí...

—Hace ocho años que trabajo en esta cárcel —continuó Duck—, y no me quejo, porque nunca me ha faltado trabajo. Con el de hoy, serán...

Contó con sus dedos enormes y peludos.

—¡Al diablo si me acuerdo! Treinta, treinta y uno, tal vez treinta y dos... ¡No! Ya caigo, Smitherson, serán treinta y cinco.

Apoyó los codos sobre la mesa y pareció reflexionar.

—Treinta y cinco... Veamos, empecé en Dublín, con cuarenta. Luego, veinticinco en Liverpool... Los números redondos me van, por lo visto... ¡Vaya! —Miró a Smitherson con los ojos muy abiertos y de repente estalló en una risotada—. No tardaré en llegar a los cien. ¡Lo de hoy será un centenario! Lástima que no tengamos cerveza o ginebra para brindar por el acontecimiento...

Todo su ser estaba sacudido ahora por una desbordante alegría.

—¡Un centenario! Tendré que contárselo mañana a mis amigos, y tal vez también a los periodistas. Publicarán mi fotografía en primera página, y me darán una gratificación...

—¿De veras?

Duck se quedó unos instantes pensativo, pero no tardó en recobrar su buen humor.

—Estaba pensando en la mujer de la feria de Bethnal Green, cuando vine a Londres. No había vuelto a recordar las tonterías que me dijo, pero ahora he pensado en ellas. Era una asquerosa mulata de las islas que decía la buenaventura. «Traes la muerte», me dijo, mirando sus cartas y luego las líneas de mi mano. «No te equivocas, vieja», dije yo. «La traerás cien veces..., es decir, a la centésima vez no volverás a traerla.» Pues bien, la vieja se equivocó de punta a punta, y el que espera en la 8 A podrá atestiguarlo.

»Le di un chelín, pero ella lo tiró al arroyo, gritando: «¡El primero te hará perder el último!» No comprendí absolutamente nada, desde luego. Resulta curioso que yo, que tengo tan mala memoria, recuerde tan bien una cosa que ocurrió hace tiempo...

El reloj del vestíbulo dio las cuatro.

—Voy a montar la máquina —dijo Duck—. Dispongo mucho tiempo y la monto solo, desde que me obligan a pagar de mi bolsillo a los ayudantes. Es un dinero que he de ahorrarme.

Smitherson trató de dormir, pero no lo consiguió.

Desde la prevención, oía los golpes de martillo que le asestaba a las traviesas, en la pequeña sala casi contigua, luego el chirrido de los goznes de la trampa, cuyo funcionamiento deseaba comprobar.

Las cinco.

Dentro de media hora, habría que tocar diana para los guardianes; la de los detenidos sonaría más tarde, a la hora de la ejecución.

Le sorprendió la ausencia de Duck, el cual solía armar las cosas rápidamente.

Se dirigía a la sala de la muerte, cuando oyó un ruido sordo. Se estremeció, ya que lo conocía demasiado bien, era el de la trampa que cede, seguido del horrible choque del cadáver contra el suelo del patíbulo.

Mentalmente, se dijo que aquél no era el ruido de una simple probatura de la trampa...

La sala de las ejecuciones estaba vacía.

La trampa bostezaba y una cuerda tensa, hundiéndose en la sombra, oscilaba con un lento y regular movimiento de péndulo.

Smitherson se inclinó sobre la repugnante profundidad.

Duck estaba allí..., ahorcado.

Cuando Smitherson se volvió profiriendo un grito de alarma, vio, apoyado contra el bastidor del patíbulo, el fantasma de Brown, mirándole con unos ojos terribles.

Un propicio desvanecimiento apartó a Smitherson del grupo de escasos testigos que asistieron a los inexplicables acontecimientos que se produjeron a continuación.

Los archivos de Pentonville no los mencionan, y con motivo; pero en la agenda de la dirección puede comprobarse la desaparición de media docena de páginas, cuidadosamente cortadas y que, según se dice, se conservan todavía en el Ministerio del Interior.

El guardián Clevens despertó de la modorra que solía entrarle al amanecer no a causa de un ruido, ya que el silencio era absoluto, sino por una sensación de angustia tan atroz que le produjo náuseas.

—Es el corazón —se dijo—. A mi edad...

Echó una mirada al pasillo y vio unas sombras que avanzaban en grupo hacia la rotonda central.

—¡Diablo! —murmuró—. ¿Qué sucede?

Clevens ha insistido de un modo especial en el enorme silencio que reinó durante los terribles minutos que tuvo que pasar, impotente, cautivo de una forma sobrehumana que le privaba del gesto y de la palabra.

El grupo, al principio de sombras imprecisas, asumía lentamente unas formas concretas y espantosas.

Unas llevaban la cabeza cubierta con un capuchón negro, otras dejaban ver el rostro. Clevens las reconoció a todas: eran los hombres que había visto morir al amanecer, con la cuerda al cuello: Skinslop... Rogers... Piochinni... Wang-Su, un chino... Kirby... Ruttermole... O'Neil...

Mentalmente, los llamó por sus nombres, mientras se alineaban militarmente; y, de pronto, añadió otros nombres. Los de los hombres *vivos* que, con ojos desorbitados y rostros contraídos por una indescriptible angustia, acababan de unirse a las hileras de los espectros.

Sí, se unían a ellas, empujados por los hombros, por unas manos invisibles: los guardianes Soames, Thomson, Pritchard, Hackle, el director adjunto Fisher y el juez Hatterley, el cual, huésped de Fisher, tenía que asistir a la ejecución de Hilary Channing.

Separados de ellos por un espacio vacío de varios pies, seis presos, todos condenados a la pena capital, entre ellos Channing, formaban también parte del misterioso cortejo.

La procesión se puso en marcha desfilando por delante de Clevens sin notar su presencia, al parecer.

La reja que cortaba en dos el pasillo principal se abrió silenciosamente, a pesar de que su mecanismo de apertura estaba conectado con unos timbres que ahora permanecieron mudos.

La puerta de la calle se abrió con el mismo silencio y Clevens vio a lo lejos los faroles velados por la niebla.

La puerta permaneció abierta hasta que el cortejo se perdió entre la bruma; luego volvió a cerrarse sin ruido.

Completamente solo, con su capa negra y su sombrero Bolívar hundido sobre los ojos, el fantasma de Brown avanzaba lentamente por el pasillo principal.

Se detuvo delante de Clevens y le dijo:

—Estáis de suerte, tú y Smitherson... Podéis dar las gracias a vuestro buen corazón.

El guardián no le vio desaparecer, pero en aquel mismo instante sintió un vivísimo dolor en todo el cuerpo, como si hubiese cogido con las dos manos una pila de alto

voltaje.

Nunca más volvió a saberse de aquellos que, funcionarios o presos, fueron sacados de la cárcel por los espectros.

Pero los médicos forenses, que tuvieron que examinar el cadáver del verdugo Duck, quedaron estupefactos.

El cadáver había sido transportado en un furgón al anfiteatro de South-Kensington, y cuando los mozos de la sala lo depositaban sobre la mesa de disección, se desprendieron de él unos enormes colgajos de carne sanguinolenta, los huesos taladraron el rostro y los miembros, y la masa de las vísceras surgió, roída y burbujeante.

—Un cadáver que ha pasado varios días metido en cal viva —afirmó el doctor Miller.

Transcurrió cierto tiempo antes de que Smitherson y Clevens se atrevieran a hablar de la terrible noche.

Lo hicieron en voz baja, en la taberna de Cuffy, estimulados por un par de grogs.

—En el fondo, me alegro por Channing —confesó Rock Smitherson. Duck no me inspira ninguna lástima.

—Y ellos..., me refiero a nuestros colegas, a Fisher y al juez Hatterley, tenían malos sentimientos, hay que reconocerlo —declaró Clevens.

—¿Dónde pueden estar? —murmuró Smitherson.

—Vale más no hablar de ello.

Y ambos volvieron hacia la puerta unos ojos llenos de terror como si esperasen verla empujada por el fantasma de la capa negra y el sombrero Bolívar.

RONDA NOCTURNA EN KOENIGSTEIN

Hay que iniciar el conjuro del jueves con suma prudencia. Los espíritus de Júpiter son, en efecto, vengativos y caprichosos; hasta el punto de que, cuando se acercan al círculo mágico, los evocadores se sienten como devorados por unos leones. Muchos temerarios han hallado la muerte tratando de ponerse en contacto con ellos.

(El Libro de los Brujos)

Si hojeáis los libros de texto alemanes de hace más de un siglo veréis que en ellos se da como tema de meditación a los escolares el caso del municipio de Koenigsfeld, situado en la parte badenesa de la Selva Negra.

Desde hacía más de medio siglo, no hubo en aquella aldea de cuatrocientas almas ningún crimen, ningún delito, ningún embargo judicial, ningún divorcio, ningún proceso, ningún nacimiento ilegítimo. Nunca se habían visto en ella borrachos ni mendigos. Lo cual, según otros escritos, no impedía que los Hernutas, o Hermanos Moravos, de que estaba poblado aquel municipio modelo fueran codiciosos avaros y creyentes en el diablo hasta el punto de que preferían pactar con él a hacerle una santa guerra.

A poca distancia de Koenigsfeld se erguía una colina, la Katzenbüchel, que significa el lomo del gato, y que servía de asiento a un Schlos, el Koenigstein, tratado sin miramientos por los franceses de Napoleón.

Desaparecida la soldadesca, los Hernutas del valle consideraron al castillo desflorado, deshonorado, y lo abandonaron a los grajos y a las zumayas, a las lagartijas y a las grandes culebras amarillas.

De modo que los Hernutas quedaron medianamente sorprendidos al ver que se instalaba en el castillo, en el año 1840, un tal Herr Dunkelwitz.

De todos modos, como esperaban obtener dinero y algún beneficio, no le pusieron mala cara.

¿Qué decir de Herr Christian Dunkelwitz, sino que era un hombre gordo y jovial que había empobrecido en táleros, chelines y coronas mediante la usura y otras trapisondas, al pobre Mecklemburgo y otros pequeños Estados?

Eso no modifica en nada el curso de esta historia, espantosamente cierta, pero explica el lujo inusitado que, a partir de la llegada de Herr Dunkelwitz reinó en Koenigstein.

Durante dieciocho meses, todo marchó a pedir de boca en el castillo y en sus alrededores. Todos los días, los Hernutas subían alegremente el Katzenbüchel, llevando a la despensa del Schloss volátiles, pescados, conejos, hermosos trozos de carne y vinos del Rin y del Neckar.

Herr Dunkelwitz, que tenía un temperamento sociable, vaciaba con ellos enormes jarras de cerveza pálida, les dejaba saborear los rubios cigarros que le llegaban de Hamburgo y les contaba interesantes historias. Como había generosamente su bolsa al capellán de la comunidad morava, no tardó en ser considerado como un hombre de grandes méritos a los ojos del Señor.

Aquel capellán, llamado Brunn, no era un advenedizo, por otra parte. Buen gramático, había comentado las brillantes polémicas de Komensy, establecido curiosos paralelos entre los diversos dogmas eclesiásticos y la Reforma de Lutero y, cosa menos ortodoxa, en un folleto muy audaz, atribuyó a Lucifer menos maldades de las que le carga la santa tradición.

Bruscamente, el humor de Herr Dunkelwitz cambió.

Ante el indigado estupor de su jefe de cocina, un verdadero virtuoso del arte culinario, apenas probó los sabrosos estofados, dejó de elogiar los eruditos postres y no prestó más atención a los vinos centenarios que al agua de la fuente.

Un día, mandó llamar al capellán Brunn y, sin más preámbulo, le formuló esta pregunta:

—¿Quién es Maguth?

—¿Maguth? —se asombró el clérigo—. ¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Repito: ¿quién es Maguth?

Brunn tuvo que confesar su ignorancia; sin embargo, tras unos momentos de reflexión, admitió que aquel nombre, a pesar de no serle familiar, no le era desconocido. Pidió un poco de tiempo para consultar sus libros y descendió la colina perplejo y pensativo.

Pero, el mismo día, volvió al castillo, muy excitado.

—Por pura casualidad, Herr Dunkelwitz —dijo—, he abierto el libro prohibido llamado el *Heptameron* mágico, cuya lectura resulta peligrosa para los espíritus no avisados.

«Maguth es citado en él como uno de los ángeles del conjuro del jueves, llamados «ángeles del aire», los cuales no se encuentran más allá del quinto cielo. Algunos demonógrafos, y no de los menos importantes, entre ellos Stein, sin alinearle del todo con los espíritus caídos, le consideran como terrible y tan familiarizado con el infierno como con la Tierra y con los primeros días celestes.

—Por consiguiente, un demonio —dijo Herr Dunkelwitz.

Brunn sacudió lentamente la cabeza.

—Eso no podría afirmarse sin incurrir en un peligroso error, aunque debo añadir que quizás es más terrible que un puro espíritu infernal.

—Continúe —invitó el castellano.

—Incluso el *Heptameron* se muestra discreto a propósito de él. He aquí las escasas líneas que le dedica: «Maguth, ángel del jueves, ángel del aire, habitante del fuego, se complace en prolongadas y a veces espantosas estancias en la tierra. En tales ocasiones aparece bajo un cuerpo sanguíneo y bilioso, de estatura mediana, de movimientos horribles y espantosos. Sus designios, al contrario de los de los otros espíritus del jueves, son siempre desconocidos. Una de sus otras formas especiales es un hábito de color azulado.

—¡Ah! —exclamó Dunkelwitz—. Mire, señor capellán.

Señaló, con un dedo tembloroso, un extraño hábito confeccionado con una recia tela azul de violentos reflejos y colgado en un clavo de la muralla.

—Está ahí desde hace ocho días. He tratado de descolgarlo, pero se ha deslizado entre mis manos como una serpiente. Una noche lo encontré sobre mi cama; quise quitarlo de allí, y saltó al techo.

»Al día siguiente, paseando por el parque, al pie de la colina, lo vi entre los árboles, manteniéndose al acecho como un hombre. De entre la maleza surgió un conejo; el hábito se echó sobre el animalito como un perro de caza. Oí chillar al conejo y eché a correr, aterrorizado.

»Volví a verlo un par de días más tarde, en lo alto de la torre meridional del castillo, girando lentamente sobre sí mismo, como si inspeccionara el horizonte. Ayer, al entrar en mi gabinete de trabajo, lo vi instalado en mi sillón: con una mano invisible, trazaba sobre una hoja de papel ese nombre: Maguth.

»Presa de súbita cólera, quise cogerlo, pero se echó sobre mí, me abofeteó con sus mangas vacías y luego me tiró al suelo con una fuerza horrible.

»Le suplico que expulse a esa espantosa cosa de aquí. Usted podrá exorcizarle, padre...

Brunn sacudió tristemente la cabeza.

—Los exorcismos no pueden nada contra él. No olvide que no es un demonio propiamente dicho.

En aquel momento, el hábito azul pareció hundirse en la muralla y desapareció a los ojos de los hombres.

—En general, y si hay que creer al *Heptameron*, esos espíritus son raramente peligrosos a la luz del día. A menudo incluso se muestran sumamente benévolos hacia los hombres, pero en ellos todo es capricho.

—A la luz del día —repitió Herr Dunkelwitz—. ¿Quiere eso decir que con la oscuridad cambian de actitud?

El capellán alzó los hombros con desesperación.

—Conozco a algunos demonógrafos que hablan con tanta seguridad de Astaroth, gran espíritu de las tinieblas, como un catedrático de Heidelberg de Plinio o de Herodoto. Pero, ¡qué prudentes son cuando se trata de esos anfibios del más allá!

—Entonces, ¿qué puede hacerse? —se impacientó el castellano.

—Me resulta muy desagradable darle este penoso consejo, Herr Dunkelwitz: márchese de Koenigstein, cédale el lugar a Maguth, tal vez algún día se lo agradezca. No le resultará difícil comprender que mi consejo es de lo más desinteresado: los Hernutas aman los bienes de la tierra, pero odian la mentira y la hipocresía. Si se marcha usted, su bolsa se resentirá..., y perdóneme la franqueza.

Herr Dunkelwitz se rindió ante tan excelentes motivos y abandonó el país pocos días después de aquella entrevista.

Se estableció en Holanda, donde su fortuna aumentó de un modo tan asombroso como inesperado. Esto no tiene nada que ver con la historia de Koenigstein, pero da pie a creer que el espíritu del jueves agradeció realmente a Herr Dunkelwitz su obediencia.

El capellán Brunn murió en 1855 y la comunidad de los Hermanos Moravos permaneció intacta hasta 1882, época en que otros elementos se infiltraron en la

aldea, y en que la Selva Negra se abrió ampliamente al turismo. En 1885, unos especuladores bávaros compraron Koenigstein, que no era más que una ruina, por una cantidad insignificante y lo transformaron en un hotel.

El verano fue próspero gracias a una hábil propaganda y, hasta principios de otoño, los turistas ingleses y franceses fueron numerosos.

Llegaron los primeros fríos de octubre. Las lluvias hincharon los torrentes y el bosque, azotado por los ásperos vientos del nordeste, mostró un semblante arisco. El hotel cerró sus puertas.

El hotelero, un tal Ehrenberg, clavaba ya los postigos cuando un panzudo carruaje hizo una ruidosa entrada en Koeningsfeld.

Transportaba a una docena de jóvenes ingleses, cargados de telas, de pinceles y de cuadernos de dibujo, y provistos de un voluminoso equipaje y de un humor excelente.

No les resultó difícil conseguir que Ehrenberg accediera a mantener abierto su establecimiento, ayudado por parte del servicio del hotel.

—Queremos pintar paisajes de otoño —declararon los nuevos clientes de Koenigstein.

Los postigos fueron desclavados, los muebles vueltos a su sitio, los candelabros y las lámparas recibieron nuevas bujías y los quinqués mecha y aceite. Desde la aldea subieron leña en abundancia, y los amplios atrios multicentenarios quedaron iluminados por alegres fuegos.

Eran doce alegres convidados, y los que quieran tomarse la molestia de consultar las revistas juveniles de la época encontrarán en ellas sus nombres entre los pintores, los acuarelistas, los grabadores, los poetas, los novelistas y los artistas líricos.

Primero las damas:

Maud Tracy, de los teatros de Drury Lane.

Evelyn Masterman, que firmó dos novelas de tendencia muy audaz.

Miriam Gask, la acuarelista.

Erna Holger, llamada la Danesa, discípula de Grieg.

Luego los hombres:

Mordant Sedgewick, pintor de paisajes embrujados que recordaban los de Boecklin y los de Holbein.

Herberth Evans, de Dumfries, biznieto de Burns.

John-Morton Stanbroke; grabador y escultor de camafeos, que un día sería lord.

Arthur Flowerdale, poeta a secas, aunque dotado de cierto talento.

Eustace-W. Mackley, que hasta entonces sólo había representado pequeños papeles pero que soñaba en la gloria del gran Garrick.

Sam Bright, editor de revistas de vanguardia, gracias a Dios y a su padre, el riquísimo fundidor de Birmingham.

Phil Yates, que escribía una vida desconocida de Shakespeare.

Y, finalmente, Cape Selbrough, el gigante del grupo, campeón de boxeo, de cricket,

de natación, y excelente alpinista, vencedor, en 1833, del Whitehorn.

Aquellas jóvenes esperanzas de la vieja Inglaterra disponían de una abundante provisión de soberanos de oro, y, por consiguiente, resultaban una excelente clientela para un hotel que iba a cerrar sus puertas a los soplos invernales.

Sin embargo, al ver que su estancia se prolongaba, Ehrenberg empezó a impacientarse. Habló con Mordount Sedgewick, que parecía ser el cabecilla del alegre grupo.

—El personal se ve obligado a marcharse, muy a pesar suyo —le dijo—. Están contratados para trabajar durante el invierno en la Costa Azul. Yo mismo tendría que regresar, aunque sólo fuese por quince días, a Munich.

—Bueno, creo que no hay problema —respondió Sedgewick, tras unos instantes de reflexión—. Ahora nos conoce usted perfectamente y sabe que ofrecemos todas las garantías deseables. Déjenos el hotel y nosotros pagaremos todo lo que haya que pagar.

El acuerdo quedó concluido a satisfacción de todos y, una vez se hubieron marchado el hotelero y los sirvientes, las damas se ocuparon de la cocina y los caballeros se hicieron útiles como mejor pudieron.

Ante aquella sana y hermosa juventud se abría una era de alegría y de libertad. Maud Tracy y Erna Holger resultaron dos excelentes cocineras. El poeta Flowerdale se reveló como un furriel de primera clase, y Cape Selbrough, el gigante, lavaba la vajilla como nadie.

Pero, hacia finales de octubre, la Selva Negra se despojó brutalmente de sus últimos miramientos. Unas lluvias feroces inundaron todavía más el pantanoso paisaje, y las nieblas velaron los horizontes.

Los doce jóvenes se veían confinados en Koenigstein tres de cada cuatro días, y empezaron a experimentar los efectos del aburrimiento.

Sin embargo, nadie pensaba todavía en marcharse: organizaron veladas artísticas de lo más diverso, pero empezaban muy temprano y terminaban a horas tardías.

En el curso de una de aquellas veladas, Herbert Evans declaró que reservaba una sorpresa a sus amigos: un poema inédito y completamente desconocido de su bisabuelo Burns.

—Pertenece a mi anciana tía Myrtle Evans —explicó—. Lo conservaba tan celosamente, que lo encerró en una caja fuerte del Banco de Edimburgo. Tía Myrtle murió en mayo último, y su fallecimiento, por fortuna, fue demasiado súbito para que tuviera tiempo de legarla a un club literario o a un museo.

Los jóvenes se instalaron en el gran salón de recepciones de Koenigstein, y para honrar la memoria de Burns triplicaron el número de bujías y de lámparas.

Con mano temblorosa, Evans sacó de su cartera una cuartilla amarillenta cubierta de una escritura apresurada y con voz emocionada leyó el título:

—«La Ronda nocturna de Dumfries.»

Luego hizo una pausa y explicó:

—Debo añadir que este poema está, o parece estar, inacabado.

—No prolongues nuestra ansiedad —suplicaron a su alrededor.

Y Evans, que declamaba de un modo muy agradable, recitó:

Eran doce en la antigua mansión de Dumfries,
cuatro flores de tierna y joven belleza,
y dos veces cuatro encinas de viril juventud.
Dedicaban sus días a los cantos y a los colores
y sus noches a los sueños de gloria y de fortuna.

Una noche, entre todas radiante,
cantaron la negra belleza de los cielos muertos.
Esparcieron el vino de las ofrendas.
Luego, cuando recitaron sus nombres,
supieron que eran trece.

¿Quién era, pues, el treceavo convidado
que transformaba con su insólita presencia
el sólido número de doce, amado por la gente reposada,
en un número maldito por la Escritura?
Vamos, hablad, ¿quién es el treceavo?

Ronda nocturna en la antigua mansión de Dumfries.
Ronda nocturna en la cual fluye, el vino entre canciones.
Ronda nocturna a la que asisten doce, que son trece
sin que se sepa quién es el treceavo.
Vamos, hablad, ¿quién es?

Herbert Evans se calló; esperaba una tempestad de aplausos, pero no sucedió nada de aquello; un silencio de plomo reinó en el salón, y Evans vio unos rostros inquietos levantados hacia él.

—¿Qué significa eso, Evans? —murmuró finalmente y con evidente esfuerzo Mordaunt Sedgewick.

—¿Cómo? Os aseguro que es un poema de Burns...

—Sea —intervino violentamente Flowerdale—. Si es apócrifo y lo has compuesto tú, eres mucho más fuerte de lo que hubiese imaginado nunca. Pero, si cambias Dumfries por Koenigstein, Evans, ¿no te das cuenta de que parece escrito para nosotros y sólo para nosotros?

—¡Dios mío! —exclamó Evans—. ¡Y pensar que no había caído en ello!

—En efecto —murmuró Maud Tracy—, somos doce, como los de Dumfries, y en una mansión semejante, y cuatro mujeres y dos veces cuatro hombres. Y esos días que se dedican a los cantos y a los colores: artistas y pintores. Y...

Se interrumpió bruscamente; cubriéndose el rostro con las manos.

Cape Selbrough zanjó el asunto.

—Bueno, si no he oído mal, el poema habla de una noche radiante. ¡Hum! Burns no había oído aullar el viento y rugir la lluvia como nosotros lo hacemos en este momento, pero se habla de vino... ¡Pues bien, beberemos vino! Y luego de una ronda nocturna... ¡Viva la ronda nocturna! ¡Adelante con la ronda nocturna! Cien años después de su muerte, Burns nos sugiere una maravillosa diversión. ¡Una ronda nocturna! En cuanto a ese maldito trezavo, que venga, si se atreve. Cuantos más

seremos, más reiremos, afirma un proverbio que no tiene nada de tonto.

Tal vez la fingida alegría del gigante hubiera caído en el vacío si Selbrough no hubiese unido la acción a la palabra y descorchado las botellas.

Fluyó el vino: los añejos vinos del Rin y del Neckar, que ponen fuego en los corazones y en las mentes.

Alrededor de medianoche, John Stanbroke, rebuscando en la despensa, encontró una caja de Sekt alemán.

El Sekt alemán no puede rivalizar en nada con el champaña de Francia, pero no tiene igual para completar una espantosa borrachera.

Los tapones dorados ametrallaron los techos y las lámparas, y Cape Selbrough aulló:

—¡La Ronda! ¡La Ronda Nocturna!

Los jóvenes cogieron al azar velones y candelabros y un grupo vociferante, blandiendo unas locas estrellas, se precipitó por los inmensos pasillos del Schloss.

—¡No olvidéis las botellas! —gritó Cape.

Evans, borracho como una cuba, y pensando todavía en el poema de su bisabuelo, inició una cantilena que los otros corearon inmediatamente.

—¡El trezavo! ¿Quién es el trezavo entre nosotros?

El grupo desfiló, gritando, cantando, saltando, a través de las habitaciones, haciendo breves paradas para beber vorazmente a gollete; finalmente, Cape, jefe de fila, empujó una alta puerta.

Delante de ellos se extendió una enorme estancia desnuda y vacía, en la cual brillaban débilmente algunas viejas armaduras: la sala de armas de Koenigstein, respetada por los nuevos propietarios.

La lluvia había cesado y el viento apenas soplaba; un leve claro de luna se filtraba a través de los cristales empañados de las altas vidrieras.

Un silencio repentino, inexplicable, se extendió sobre el grupo. Risas, cantos y gritos habían cesado como por ensalmo. Sólo unas llamas vacilaban todavía, antes de apagarse definitivamente, en los candelabros.

Cape miró con aire sombrío al grupo bruscamente inmovilizado.

—No veo bien —murmuró—. A la luz de ese claro de luna...

Sus ojos recorrieron el grupo y, de pronto, lanzó un juramento.

—¡Cuento trece! —aulló.

—¡No! —gritó Sedgewick, y sus miradas recorrieron también el grupo.

—¡Trece!

Y Stanbroke, que le había imitado, gimió:

—¡Trece!

Aquello significó la desbandada.

Se marcharon al amanecer, en todo lo que habían podido requisar como vehículos

en Koeningsfeld.

En la traqueteante tartana donde se encontraban uno al lado del otro, Cape Selbrough murmuró al oído de Mordaunt:

—¿Reconociste al menos a aquel trezavo?

Sedgewick sacudió negativamente la cabeza y su frente se llenó de arrugas.

—No. Estaba demasiado oscuro y la cabeza me daba vueltas. Sin embargo, me pareció entrever un extraño hábito azul...

No es en las revistas juveniles de la época donde deben buscarse los nombres de la alegre docena después de las jornadas de octubre de Koenigstein, sino en los periódicos de la metrópoli inglesa, de 1885 a 1887. En aquel corto lapso de tiempo, podemos leer:

Maud Tracy, fallecido a consecuencia de una tisis galopante.

Evelyn Masterman, muerta, envenenada por comer crustáceos en mal estado.

Miriam Gask, desaparecida en el naufragio del SS Camperdown.

Erna Holger, asesinada por un amante despechado.

Mordant Sedgewick, prometido de Miriam Gask, figuraba también entre las víctimas de aquel siniestro marítimo.

Herbert Evans, suicidado.

John-Morton Stanbroke, muerto en las colonias.

Arthur Flowerdale, fallecido a consecuencia de una caída desgraciada.

Eustace-W. Mackley, asesinado por unos maleantes en los barrios bajos de Londres.

Sam Bright, muerto del cólera en Bombay, adonde su padre le había enviado en viaje de negocios.

Phil Yates, muerto en un duelo en Francia.

Cape Selbrough, fallecido de resultas de un golpe prohibido, recibido en un combate de boxeo en Bromley.

Unos años más tarde, Herr Ehrenberg, encontrándose de paso en Londres, entró en una tienda de compraventa de Cheapside. El dueño, un hombrecillo tripudo, sanguíneo y bilioso, le recibió con evidente aspereza.

—No tengo nada interesante que vender —declaró, de buenas a primeras.

—¡Eh! —exclamó el alemán, viendo un extraño hábito de un color rabiosamente azul colgado de una percha—. Ese hábito me interesa para los bailes de máscaras que pienso dar en mi hotel la próxima temporada.

—Ese hábito no está en venta —replicó secamente el comerciante—. ¡Vayase!

«¡Vaya un oso! —se dijo Ehrenberg, una vez en la calle—. Con ese carácter, poco negocio hará. Me gustaría saber cómo se llama ese fenómeno...»

Y leyó, en el escaparate, en grandes letras azules: MAGUTH.

Aquella misma noche, recibió un telegrama reclamando su presencia en Alemania: el hotel de Koenigstein acababa de ser destruido por un incendio.